Grimaldi Tmp

GALERIA DRAMATICA

DE

DON MANUEL PEDRO DELGADO,

en Madrid, calle de Jesus y María, n.º 4.

COMPRENDE

MUCHAS Y BUENAS OBRAS DE TEATRO,

ESCRITAS POR AUTORES DE CONOCIDA REPUTACION.



SE VENDEN AL POR MENOR EN MADRID

librerías de Cuesta y Rios.

Y en las provincias, á la vuelta se citan.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,

publicadas hasta 1.º de Febrero de 1858.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar er
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra can
Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pec
fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—
de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criado
de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Am
sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosi
deron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspira
de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un coba
mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el e
Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárba
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.
cas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas
zon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual c
zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S.
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamient
noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualida
talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos
infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revoluci
Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío e
Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julia
juracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y c
Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte
del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la
Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—C
acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las
Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—D
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.
varo de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de
ra.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Aust
Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo po
ro.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—D
de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas cas
Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos pa
una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—I
ga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Enga
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.
de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodi
cuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sob
Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—
y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la calle.
del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Espiacion d

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisa
tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.
Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra
Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—
de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin bod
peranza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdien
laso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genov
dolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Gui
man.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo,

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargent
ni, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hi
ro.—Hija del Regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la v

TODO LO VENCE AMOR,

Ó

LA PATA DE CABRA,

melo-mimo-drama mitológico-burlesco de magia y de grande espectáculo

EN TRES ACTOS,

POR

DON JUAN DE GRIMALDI.

TERCERA EDICION.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.
1841.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Juan, amante de. . . .	*P. Montaño.*
Doña Leonor, pupila de. . . .	*J. Baus.*
Don Lope.	*A. Azcona.*
Don Simplicio.	*A. de Guzman.*
Lazarillo, page de D. Simplicio.	*J. de Guzman.*
Don Gonzalo.	*A Silbostri.*
Cupido.	*F. Casanova.*
Vulcano.	*A. Rubio.*
Las tres Gracias.	*Bailarinas.*
Un Escribano.	*M. Morales.*
Un Alguacil.	*M. Casanova.*
Un Aldeano.	*N.*
Otro.	*N.*
Un Labrador.	*J. Lledó.*
Una Aldeana.	*M. Inestrosa.*
Un Criado.	*N.*
Un Cíclope.	*A. Cairon.*
Un Músico.	*A. Llord.*

Cícoples, Paisanos, Criados, Músicos y Alguaciles.

La escena pasa en las inmediaciones de Zaragoza á principios del siglo XV.

ADVERTENCIA.

Existia en el archivo del teatro de la Cruz, desde el año de 1816, una comedia de magia traducida del francés con el título de *La Pata de Carnero*, habilitada de censuras para su representacion. Algunas personas han propalado, con mas ó menos buena fé, que *La Pata de Cabra* es la referida traduccion ú otra version no menos literal de la pieza francesa. No es asi. Si bien el autor de *La Pata de Cabra* ha tenido á la vista dicho original, si ha imitado de él muchas cosas, y aun traducido otras, si ha conservado el fondo del carácter de don Simplicio, no por eso puede llamarse su obra *traduccion* en el sentido que se da vulgarmente á esta voz; antes bien puede asegurar, sin temor de verse desmentido, que *La Pata de Cabra* es mas original que muchas comedias que se venden por tales, pues casi todas las gracias que el público ha celebrado en el diálogo, y singularmente las que tanto ha hecho valer nuestro inimitable Guzman, son *originales*, ya que no lo sea *del todo* el cuadro que las encierra. Facil hubiera sido demostrar la notable

diferencia que existe entre *La Pata de Carnero* y *La Pata de Cabra* imprimiéndolas juntas; pero esto fuera dar á la cuestion una importancia harto petulante. El autor de *La Pata de Cabra* no aspiró con ella á lauros literarios; solo quiso proporcionar á la Empresa de los teatros medios de llamar gente, y nadie por cierto negará que ha logrado su objeto.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un bosque muy espeso. Hay una cueva en el fondo, y á la izquierda del actor un banco de peñasco al pie de un arbol. Es de noche. Alumbra la luz de la luna.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN *solo, sentado al pie de un arbol.*

Es mucha suerte la mia! Que todo lo que emprendo me haya de salir mal! He probado todos los oficios. Empecé en el foro, pero con muchos escrúpulos debí tener pocos clientes; emprendo la medicina, y ve aqui que una desgraciada casualidad me hace curar á mis enfermos. Puf! Todos mis compañeros se sublevan contra el mal ejemplo que doy. Acudo á las armas, y solo porrazos encuentro, ascenso ninguno. Compongo música... pero cá! sin ser italiano... ya se ve... En fin, quiero escribir... Ay Jesus! Escribir? Que no me hubiese antes tirado al mar. Si hasta ahora logró consolarme de tan repetidos golpes de la fortuna este inalterable genio alegre, único bien que me haya deparado el cielo, cómo resistir á la nueva desgracia que me abruma? Consigo el cariño de la mas linda, de la mas rica aragonesa. Siendo mi Leonor huérfana como yo, alegre como yo, amante como yo, la mas dulce simpatía parecia ofrecernos el mas halagüeño porvenir. Logro vencer el obstáculo que se me presentaba, que era el introducirme en su casa, ó por mejor decir en la carcel donde la tiene esclavizada su severo tutor. Estaba este buscando para ella un maestro de dibujo; me presento bajo un nombre supuesto, y como afortunadamente yo no era propio para el empleo lo conseguí al momento. Pero cuando iba ya á llegar el dia en que un casamiento secreto debia asegurar mi perpetua felicidad,

todo se desvanece como un sueño. Me reconocen, me echan de casa, y queriéndome entregar á la justicia como seductor, me persiguen el inexorable tutor y un imbécil pretendiente de mi amada. Ya se ve, qué habia de hacer? Huir de Zaragoza. Huir! Bien está; pero adónde, sin recurso, sin amigos, sin protectores? Aniquilado ya por el cansancio y el hambre, pronto, sí, lo conozco, muy pronto una muerte lenta y espantosa... mas qué digo? Una muerte lenta! Y á qué esperarla? No tengo armas? Vamos, valor, y me ahorraré los tormentos que me amenazan. Leonor, Leonor adorada, á Dios, á Dios para siempre. Y tú, amor, ingrato y caprichoso amor, que te negaste á favorecer al mas fiel de tus esclavos, yo te maldigo.

Acerca las pistolas á su frente como para matarse, y de repente se le escapan de las manos y vuelan por el aire, donde disparan. Al mismo tiempo sale el dios Cupido del tronco del arbol á cuyo pie está sentado don Juan.

ESCENA II.

DON JUAN *y* CUPIDO.

Cup. Insensato! Qué haces?

Juan. Gran Dios! Qué prodigio! Hé! No lo dije yo que todo me ha de salir mal, cuando no puedo lograr n aun matarme?

Cup. Matarte! Tonto, y por qué?

Juan. Me gusta la pregunta. Despues de haber causad tú solo mis males, niño maligno, aun preguntas qu motivos tengo para aborrecer la vida?

Cup. Calla, calla, que eres tú mas niño que yo. Pue hombre, si todos los que tienen quejas de mí recurrieran al suicidio, dónde iba á parar el mundo? Ay cuántas viudas!

Juan. Qué quieres? Viéndome ó creyéndome abandona do de tí, la muerte me pareció mi único ampar Acudí á ella con franqueza... porque, ya ves, yo l sido médico. (*Se rie Cupido.*) Vamos, no deja de s mérito.

Cup. Pero y de dónde, ingrato, pudiste inferir que y

te abandonaba? Asi sois todos: al menor contratiempo me acusais, cuando vuestra pusilanimidad ó vuestra natural inconstancia siempre son las únicas causas de los males que me atribuís. Cansados de la perseverancia que exijo de todos los que aspiran á mis favores, el uno va cada dia á imitar hipócritamente á los pies de nueva dama un lenguaje que no inspiro yo mas de una vez, y luego dicen: "Ya se ve, como ese picarillo tiene alas." Otro, tomándolo mas á lo vivo, se desespera, se mata. "El amor es un monstruo, esclaman todos." Pobre de mí, y cuán injustos son los mortales con un pobre niño que...

Juan. Ah, taimado!

Cup. Te ries? Pues no tardarás en convencerte de esa injusticia de que me quejo. Yo quiero que seas un memorable ejemplo de que el amor suministra á los que los quieren medios para triunfar de todos los obstáculos, y á eso he venido. Muy pronto tendrás que agradecerme el que haya llegado á tiempo para estorbar tus designios de destruccion, y de ahorrarte esta locura mas que ibas á añadir á las mil que tienes hechas.

Juan. Yo te juro que esta hubiera sido la última.

Cup. Ya lo creo. Pero al grano. Tienes valor?

Juan. Hombre...! (*Como ofendido con la pregunta.*)

Cup. Poco á poco. Le vas á necesitar. Contempla sin terror y en el mayor silencio la escena estraordinaria que te permito presenciar.

Cupido, con una de sus flechas, señala un gran círculo en el suelo, y luego en el aire. La luna y las aguas de un torrente que se ve en el fondo se cubren de un color de sangre. Se oyen truenos horrorosos, precedidos de relámpagos. Se abre la cueva, y arroja llamas. Salen de ella varios genics. Unos traen una enorme urna antigua; otros una cabra negra: ponen la cabra dentro de la urna; la consume un rayo, y no queda de ella mas que una pata, que uno de los genios entrega respetuosamente á Cupido. Luego se retiran los genios, llevándose la urna. Cesan los relámpagos y truenos; vuelven la luna y las aguas á su color natural.

Cup. Admite este regalo. (*Presentando la pata á don Juan.*)

Juan. Toma...! tanto ruido por una pata de cabra.

Cup. Temerario! respeta lo que no está al alcance de tu entendimiento.

Juan. Pero hombre, á quién se le ocurre...?.

Cup. Calla, y admite agradecido. Este es un talisman que debe asegurar tu felicidad. Mientras le conserves en tu posesion triunfarás de tus enemigos, y podrás contar con el logro de tus deseos.

Juan. Cómo! Con solo formar un deseo al momento le he de ver cumplido?

Cup. No por cierto. Si tal virtud tuviese el talisman llegaria á serte funesto, porque suele engañarse el hombre en sus deseos. Hartas veces encuentra la desgracia donde creyó hallar la dicha. Con que, nada le pidas al precioso tesoro que te confio. Guarda el mas profundo secreto acerca de su posesion, y entrégate ciegamente á su mágico poder. Este, por sí mismo, obrará como y cuando mejor convenga para tu bien; y dentro de poco, gracias á él, serás esposo de Leonor.

Juan. Esposo de Leonor! Ay! Patita de mi alma, perdóname el haber dudado de tí. Yo ignoraba cuánto vales. Oh vanidad de los juicios humanos! Asi nos engañan las apariencias; asi insultamos con frecuencia al mérito que no podemos conocer.

Cup. Ya debes estar contento. Me voy, pues, que por tí no han de padecer mis demas clientes. No te olvides de mi último encargo: sigilo y confianza.

Juan. Qué! tan pronto me dejas? Oye... atiende.

Cup. A propósito; quieres que te devuelva tus pistolas (*Volviendo.*)

Juan. Calla... (*Confuso.*) Sé mas generoso.

Cup. Y qué, no querias matarte? Tonto, ya lo ves; no hay que desesperarse nunca. A veces en el mismo fondo del abismo, donde creyó uno caer para siempre, es donde descubre la senda que le ha de guiar á la felicidad. A Dios, á Dios.

Juan. No te he de dejar partir antes de haber probado tu talisman; no te irás, yo lo juro. (*Quiere asir Cupido de las alas; pero se le escapa por el aire.*)

Cup. Quieres sujetar al amor? Medio infalible para hacerle huir. A Dios... A Dios.

ESCENA III.

DON JUAN.

Vaya una aventura singular. (*Riendo á carcajadas.*) Como que estaré sin duda soñando. Pero no; (*Tocándose.*) soy yo; yo mismo en carne y huesos; despierto estoy. Este es indudablemente el bosque donde me refugié; reconozco el sitio; ya no tengo mis armas; aqui está la preciosa patita. Vamos, vamos, no hay duda, todo ha sido real y efectivo, aunque lejos de mis alcances, y pronto voy á ser feliz, segun las promesas de mi amable y singular protector. Feliz yo, feliz con mi Leonor! Uf... me ahoga la sola idea de tanta fortuna; qué será, pues, cuando se realice? Bien dicen, ya empiezo á conocerlo, que es dificil sobrellevar una repentina prosperidad. Pero vamos, á la prueba! Volvamos á Zaragoza, y sobre todo no olvidemos el último encargo de mi bienhechor: sigilo y confianza.

ESCENA IV.

Campiña. A la derecha fachada de la casa de don Lope. Su aspecto es el de un castillo del siglo XII ó XIII, nueva, aunque incompletamente restaurado.

DON LOPE, DON SIMPLICIO *y* LAZARILLO.

Sim. Pues dígole á usted, señor don Lope, que la acogida es de buen agüero. Abandono, á instancias de usted, mi noble y antiguo solar, y llego presuroso á recibir la mano de mi señora doña Leonor, y no bien entro en Zaragoza, cuando, sin dejarme siquiera apear del caballo, me anuncia usted que un rival preferido ha logrado introducirse en su casa, que lo acaba usted de descubrir, que debemos mi page Lazarillo y yo correr en persecucion suya.

Lope. Y á quién tocaba el honor de castigar al fementido seductor sino á usted, que podia considerarse ya como esposo de mi pupila?

Sim. Ya... pero bien podia usted presentarme primero á mi interesante novia, como yo lo pretendia. Me parecia regular que conociese al menos á la fermosa

dama en cuyo obsequio iba á comprometerse mi ardor caballeresco.

Lope. Pero hombre, no le dije á usted ya por qué no pudo ser? Si ya no paraba en casa Leonor; si acababa de marcharse cuando usted llegó, porque lo primero que hice cuando encontré á sus pies el oculto don Juan, fue y debió ser el mandarla de prisa y corriendo á esta quinta, á fin de tener yo mas libertad para correr en pós del seductor. Y cuánto siento ahora haberle cedido á usted esta empresa, confiado en que estaba mas seguro su éxito en manos de un hombre mas jóven, mas ágil, y si usted me apura, aun mas interesado que yo mismo en el asunto! Pero hombre, cómo es posible que no le hayan ustedes pillado, huyendo él á pie, y persiguiéndole ustedes á caballo?

Sim. Ya, pero si él se internó en lo mas espeso del bosque inmediato, mal nos podian valer los caballos.

Lope. Pero cómo no le alcanzaron ustedes antes de llegar al bosque?

Sim. Cá! Si llegamos dos horas despues.

Lope. Habiendo salido casi al mismo tiempo!

Sim. Y habiendo corrido á mata caballo Lazarillo y yo mas de tres horas.

Lope. Hombre, tres horas para una legua!

Sim. Sí señor; qué tiene esto de particular? Pero bien pensado, no debe usted sentir el que se nos haya escapado.

Lope. Por qué?

Sim. Porque si le encuentro sucede una desgracia. Yo no me contentaba con prenderle. Era capaz de... qué sé yo? asi mansito y todo como usted me ve... en llegando á enfadarme ni un leon... mato, destrozo, aun que se me pusiera delante el mismo demonio.

Lope. Hombre! Y se enfada usted á menudo?

Sim. Nunca, y sino dígalo Lazarillo. (*Lazarillo hace seña afirmativa.*)

Lope. En fin, cómo ha de ser? Contentémonos por ahora con haberle ahuyentado de Zaragoza, y entremos á descansar, que bien lo ha de necesitar usted despues de haber corrido una legua á mata caballo en tres horas. (*Con ironia.*)

Sim. Qué he de necesitar descanso, si la fatiga es una diversion para este cuerpo hercúleo! Verdad, Lazarillo? (*Seña de Lazarillo.*) Entremos con todo, que ardo por ver á la que ha de ser mi muger. La tengo dispuesta cierta arenguita amorosa que espero no la desagrade. Por supuesto, ya que quedo sin rival y me presento solo, absolutamente solo, lograré mas facilmente ser el preferido.

Lope. Quién lo duda? Por esto la traje á esta quinta, donde no tendremos ya que temer las empresas de tanto galan. No podia darse habitacion mas adecuada á nuestras miras. Como ha sido castillo de los antiguos señores de la comarca, conserva aun sus torreones, rastrillos, fosos y contrafosos; como que á pesar de la mucha obra que he hecho, mas traza tiene de fortaleza antigua que no de una quinta moderna. Ya ve usted que todo esto es muy á propósito para sentar el juicio de una coquetilla atolondrada, y guarecerse de los nuevos ardides que pudieran ocurrírsele al don Juan.

Sim. Qué ardides ni qué alcachofas? Ahora que estoy yo de por medio no hay cuidado, y sino... (*Seña de Lazarillo.*)

Lope. Sin embargo, no hay que dormirse. No se puede perdonar precaucion alguna. Ya por mi parte he encargado á un amigo cuatro dueñas escogidas entre las mas severas, y hoy mismo las espero. Su activa vigilancia nos asegurará de Leonor. Ademas, interpondré toda mi autoridad, y no dudo que tantos medios reunidos llegarán á vencer la resistencia de nuestra rebelde.

Sim. Y en medio de tantos medios no cuenta usted el mas eficaz, el irresistible ascendiente de mi amabilidad. Dígalo Lazarillo. (*Seña de este.*) Es tal, que ninguna muger quiso nunca hacerme caso.

Lope. Cómo!

Sim. Lo que usted oye... porque todas temian no poderme resistir en llegando una vez á escucharme.

Lope. Vamos, vamos... pero calla; aqui llega Leonor. (*Aparte á don Simplicio.*) Cuidado.

Sim. Déjeme usted hacer... Verá usted, verá usted.

ESCENA V.

LEONOR, DON LOPE, DON SIMPLICIO y LAZARILLO.

Lope. Lucero, aqui tienes al esposo que elegí para tí, el señor don Simplicio Bobadilla de Majaderano y Cabeza de Buey, uno de los mayorazgos mas distinguidos de Navarra. Espero que su talento, su buena presencia y sus riquezas lograrán muy pronto borrar de tu memoria á ese perillanzuelo que quiso abusar de tu poca esperiencia.

Leo. Já, já, já. (*Despues de haber mirado á don Simplicio de pies á cabeza prorumpe en una carcajada.*) Es el señor el decantado novio que prefiere usted á don Juan? Lindo regalo por cierto: já, já, já.

Sim. Malo. (*Aparte á don Lope.*) Estas risas no me parecen nada lisonjeras; mas todo lo compondrá la arenga. Verá usted, verá usted. (*A Leonor.*) Señora, teneis á la vista á un jóven fijodalgo que viene á poner su corazon en vuestros pies.

Lope. Qué está usted diciendo?

Sim. A poner sus pies á vuestro corazon. (*Movimiento de don Lope.*) Bestia! Su corazon á vuestros pies... Sois jóven, no soy viejo; sois bella, no soy feo; sois rica, no soy pobre; teneis talento, no soy tonto; cuya cuenta y razon de recíprocos caudales, digo, de recíprocas cualidades, demuestra que en union con el sentimiento de la esperanza, cuyo acendrado amor... y sino... aqui está Lazarillo... (*Seña de Lazarillo.*)

Leo. (*Riéndose.*) Diga usted, señor fijodalgo, ha estado usted mucho tiempo para componer su preciosa arenga?

Sim. Cá! Señora, si apeándome del caballo... (*A Lazarillo.*) Verdad? (*Seña de Lazarillo.*)

Leo. Merece respuesta, y la daré. Mi querido tutor podrá al paso aprovecharse de ella. Aunque mi corazon estuviese libre, no admitiria la mano de usted, y mucho menos queriendo, me complazco en repetirlo, queriendo, y para siempre, á don Juan. El solo será mi esposo.

Lope. Qué andacia!

Leo. El tiene talento, valor y constancia, y sabrá encontrar arbitrios para libertarme del cautiverio en

que se trata de detenerme, y yo declaro formalmente á ustedes que le ayudaré por mi parte en cuanto emprenda para nuestra comun felicidad.

Lope. Esto ya pasa de raya.

Sim. Pues señor, quedé lucido. (*A Lazarillo.*)

Lope. Veremos si se burla usted impunemente de mi autoridad: de hoy en adelante los medios mas rigorosos...

Leo. Todos son vanos: aunque usted consiguiera llevarme hasta el pie de los altares, alli mismo oiría usted de mi boca un no tan distintamente articulado, que no habria medio de pasar adelante.

Sim. Digo... pues se esplica la niña.

Lope. Pues sepa usted, atrevida, que hoy mismo la he de entregar á usted en manos de cuatro dueñas, las mas duras, las mas inflexibles, las mas incorruptibles.

Leo. Bueno, bueno... dónde estan?

Lope. Pronto llegarán.

Leo. Ya quisiera verlas aqui: qué divertidas caricaturas voy á tener al lado! Con qué gusto las haré rabiar! Por de pronto, á dos ó tres he de matar á pesadumbres. Eso me distraerá.

Sim. Pues no tiene malas distracciones!

Lope. Señor don Simplicio, no haga usted caso. (*A Leonor.*) Háse visto desvergonzada... Pero veremos, veremos.

Leo. Qué hemos de ver? Si yo he de dejar burlados todos sus planes de usted. Yo los conozco: usted espera rendirme á fuerza de fastidio. Pero no saldrá con la suya: no conoce usted mi genio? De todo me he de reir: de las dueñas, de usted, y del señor tambien si insiste en sus pretensiones. Pero á Dios, que pierdo aqui un tiempo precioso. Voy volando á estudiar unas coplillas nuevas compuestas por mi don Juan para cantarse el dia de nuestras bodas, á las que quedais convidados el señor, usted y las dueñas: á Dios. (*Vase riendo.*)

Lope. Perdone usted, don Simplicio; estoy confuso: no sé lo que me pasa: sigámosla, y no la perdamos de vista.

Sim. Calabazas á un Cabeza de Buey! Estoy fuera de

mí: ven, Lazarillo, ven á consolar á tu desgraciado amo. (*Entran todos en casa de don Lope.*)

ESCENA VI.

DON JUAN *y á poco* MÚSICOS, *y luego* DON SIMPLICIO.

Juan. Héme aqui por fin cerca de mi adorada... Pero de qué medio me he de valer para que lo sepa? Ese es su balcon, segun me han informado: si pudiera de algun modo llamar su atencion sin que los de casa... Ah! cantando las coplillas que compuse para ella, y ella sola conoce: ya, pero sin instrumentos, y luego mi voz, voz tan conocida... (*Óyense preludios instrumentales.*) De dónde nacen estos preludios? (*Ábrese la tierra, y salen de ella cuatro músicos.*) Hola! Pues esto cabalmente es lo que me hacia falta. Ó preciosa patita! A tí sin duda debo este obsequio.

Mús. Qué tienes que mandar? Aqui estamos para favorecer tus miras.

Juan. Muchas gracias, señores: pues siendo asi, vamos, pronto, un conciertito impromptu para la bella Leonor. Si hubiera tiempo para que ustedes aprendiesen unas coplillas mias?

Mús. Ya las sabemos.

Juan. Estos sí que son *virtuosi.* Parece que hay mas habilidad debajo de la tierra que no encima. Cuántos cantantes y músicos conozco yo que necesitarian hacerse enterrar por algun tiempo. (*Cantan los músicos dos coplas de una jota aragonesa.*)

Envidia tiene la luna
Y las estrellas y el sol
A los ojos hechiceros
De la hermosa Leonor.

Viva, viva. A su gloria cantemos,
Que es el ramillete y la gala del Ebro.

La humilde fortuna mia
Por un imperio no doy,

Cuando el labio me sonríe
De la hermosa Leonor,

Viva, &c.

Sim. (He sentido música, y he maliciado que podia haber gato encerrado; me he colado por la puertecita del jardin... Hola, hola...! el don Juanito con una compañía de ópera; á ver, á ver. (*Se asoma Leonor al balcon, y cantan los músicos otras dos coplas.*)

Dios del amor, tus cadenas
Bendice mi corazon:
Qué mucho, si las arrastro
Por la hermosa Leonor?

Viva, &c.

Cupido huyó de Citéres
A los valles dc Aragon,
Al brillar la dulce aurora
De la hermosa Leonor.

Viva, &c.

Leo. Es posible, bien mio, que vuelva á verte?

Juan. Sí, Leonor de mi vida; vuelvo siempre mas tierno y mas fiel, y vuelvo para libertarte de la esclavitud en que pretende detenerte tu odioso tutor, y substraerte á los insulsos obsequios de ese tonto á quien destina tu mano.

Sim. Muchas gracias por lo que me toca.

Leo. Ay, querido, trabajo tendrás. Has de saber que á todos los obstáculos que nos separan ya, debe aun don Lope añadir hoy la vigilancia de cuatro dueñas que se estan esperando de un momento á otro. Pero no temas, no lograrán jamas, por mas que intenten, alterar el amor que te profeso.

Sim. Allá lo veremos.

Juan. Cielos! Alguien nos acecha.

Sim. Don Lope, Lazarillo, á él, á él; aqui está.

Juan. Miserable, defiéndete. (*Desenvainando la espada.*)

Sim. Eso sí que no. Cuánto mejor es echar á correr: á él, á él; alarma, alarma. (*Vase.*)

Juan. Amigos, (*A los músicos.*) esto se va ya poniendo serio, huya el que pueda. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON LOPE, DON SIMPLICIO, MÚSICOS, *y* CRIADOS *armados.*

Sim. Ahí está, ahí está.

Lope. Qué estrépito! Qué es esto?

Sim. El don Juan, con una caterva de músicos.

Lope. Dónde, dónde estan?

Sim. Vedlos aqui. (*Los músicos se transforman en dueñas.*)

Lope. Está usted en su juicio? Hombre, si son las dueñas que estamos esperando con tanta impaciencia.

Mús. Sí señor, y esta carta de don Hilarion, su amigo de usted...

Lope. (*Despues de haber leido.*) No hay duda, ellas son: que sea enhorabuena, señoras.

Sim. Qué señoras, ni qué espárragos! No son malas señoras. Repito á usted que son músicos ó demonios. Si los he visto yo, visto con estos ojos, lo que se llama visto, hombre. Estaban con don Juan, á quien ahuyentó sin duda mi tremendo aspecto.

Lope. Hé! Don Simplicio, ya veo que el amor y los zelos le trastornan á usted el juicio. Vamos, señoras; voy á presentaros á mi pupila.

Mús. A las órdenes de usted, caballero.

Sim. Hombre, qué está usted haciendo? Introducir en la casa á esta maldita orquesta!

Lope. Vuelva usted en sí, don Simplicio... Pasen ustedes adelante, señoras.

Sim. Pero si le digo á usted que estas brujas son músicos.

Lope. Hombre, déjeme usted en paz con mil demonios.

Sim. Ó con cuatro... pero...

Lope. Vamos, está visto: el pobre perdió la cabeza.

Sim. No la he de perder, hombre de Satanás, viendo tal obstinacion? (*Entran todos en la casa.*)

ESCENA VIII.

Cuarto de Leonor. Puertas á derecha é izquierda. A la derecha un tocador elegante con su espejo. En medio otro espejo de cuerpo entero. Varios retratos muy antiguos adornan el cuarto.

LEONOR.

Estoy sin vida. Salió mi tutor contra don Juan: le

acompañaron todos los criados con armas. Si mi amigo trata de oponer alguna resistencia sucumbe infaliblemente. Gran Dios...! Y ese panates de don Simplicio, que ha dado el alarma, y que por consiguiente será causa de cuanto pueda haber ocurrido de funesto... Ah! Si hasta ahora solo me pareció ridículo, cuánto va á serme odioso en adelante! Siento ruido. Deseo y temo á un tiempo de saber lo que ha pasado.

ESCENA IX.

DON LOPE y LEONOR.

Leo. Y bien, señor, qué ha sucedido? (*Asustada.*)
Lope. Qué ha de haber sucedido? Yo no sé lo que significa el alarma de don Simplicio, el tono de tu pregunta... Habreis perdido todos la chaveta en casa?
Leo. Pero no habeis salido ahora mismo apresurado de casa?
Lope. Y qué?
Leo. Y no habeis encontrado...?
Lope. A quién?
Leo. A don Juan?
Lope. Otra te pego. No lo dije yo que estaban locos. Todos soñando con don Juan. No señora; á quien he encontrado en la puerta de casa, pése á usted, es á las cuatro dueñas que estaba esperando... qué tal?
Leo. Qué! No habeis visto á don Juan?
Lope. Dale, bola. Hé! Quién ha sabido de él desde que huyó de casa?
Leo. Pero no habeis visto...?
Lope. Un demonio. Dónde quieres que le haya visto?
Leo. (Ya respiro.)
Lope. Si creerás que seré yo tan loco como tú y don Simplicio, que, aunque con distintos motivos, os figurais ver al tal don Juanito en todas partes? Buena alhaja, por cierto, tu tierno amante! Qué se ha hecho esa constancia á toda prueba que tanto alababas en él? Qué? Duerme su genio emprendedor? No decias que pronto habia de volver? Que pronto emplearia recursos estraordinarios para libertarte? Necia! Y qué poco conoces á los hombres! Apostaria que

ni siquiera se acuerda ya de tí. Ya ves que no le has merecido ni el menor esfuerzo para darte noticias suyas. Ah, Leonor, otra en tu lugar estaria indignada de su conducta!

Leo. Sí? Pues á mí me encanta.

Lope. Hola! Pues mas vale asi: á fé que eres indulgente. A bien que él no ha dejado de conocer que saldrian fallidas todas sus tentativas. Ya... ya... él me conoce, y sabe que nadie me la pega dos veces. Digo, y ahora, con el ausilio de los argos que me han enviado... veremos si consigues burlar la incesante vigilancia que te va á circundar en adelante.

Leo. En verdad, señor tutor de mi alma, que conseguirá usted envanecerme y darme de mí misma una idea superior. Cómo! Tantas precauciones contra mí? A fé á fé que empiezo á creerme mucha persona.

Lope. Sí, sí; ríase usted, ríase usted de mi cautela. Sobrará, si usted quiere, la que empleo; pero mas vale asi, que si llegase á faltar... Hé, sepa usted que sus venerables doncellas no la han de perder de vista ni de dia ni de noche, y como aun no se ha hecho costumbre el que no duerman nunca las dueñas, he acordado que para la noche convengan entre ellas en un turno de guardia dispuesto de modo que queden siempre á lo menos dos al lado de usted, y que se me pueda dar cuenta, de hora en hora, de todas sus acciones, movimientos, palabras...

Leo. Y pensamientos, tal vez? Por qué no? A bien que es escusado; yo se los manifiesto á usted con bastante franqueza. Con que ya estoy presa, hé? Si se figurará usted que yo voy á adoptar el tono triste y consternado de una cautiva? Já, já, já... Pronto se convencerá usted de que no puede ser guardar una muger.

Lope. Allá lo veredes, dijo Agrajes. Señoras, pasen ustedes adelante.

ESCENA X.

Dichos, y DON SIMPLICIO *dentro.*

Sim. No señor, no lo he de sufrir, no entrarán ustedes. (*A don Lope.*) Es posible, hombre porfiado,

hombre testarudísimo, hombre... aragonés por fin; es posible que usted se empeñe en entregar su pupila á esas pretendidas dueñas, á pesar de cuanto le dije? Repito que vi á don Juan con cuatro músicos en la puerta de usted, que no habia tales dueñas, que eso será sin duda un disfraz con que mi rival trata de introducir sus emisarios.

Lope. No sea usted majadero.

Sim. Por vida de... Señora, á la franqueza de usted apelo. No estaba usted hace un rato asomada al balcon?

Leo. Sí señor.

Sim. No estaban unos músicos tañendo y cantando en el portal?

Leo. Sí señor.

Sim. No estaba al frente el don Juan?

Leo. Sí señor.

Sim. No habló con usted?

Leo. Sí señor.

Sim. No dijo que yo era un tonto?

Leo. Sí señor.

Sim. No dijo que siempre la amaria á usted?

Leo. Sí señor.

Sim. Y usted no le contestó otro tanto?

Leo. Sí señor.

Sim. Qué tal! (*A don Lope.*) Pues dígole á usted que en llegando á casarme con ella...

Leo. Sí señor, sí señor, sí señor. (*Incomodada.*)

Lope. Desvergonzada. Con que ese pícaro se atreve todavía...? A bien que yo sabré vengarme. Señor don Simplicio, no se desanime usted: usted ha de ser su marido. Pero...

Sim. Pero, pero... qué pero ni qué manzano! Qué tal, muy señor mio, son músicos ó son dueñas?

Lope. Hombre, qué tiene que ver lo uno con lo otro? Bien, estuvo don Juan con sus músicos en el portal; dais voces; oye que acudimos en fuerza; huye con su gente; da la casualidad que llegan en el mismo momento las dueñas, y no encontramos sino á ellas. Yo no veo en todo esto nada que no se esplique muy naturalmente.

Sim. Pero no podian ser los mismos músicos disfrazados?

Lope. Sí, que en un abrir y cerrar de ojos han muda-

do de trage, y de cara, y... Hé! (*Irónicamente.*) No sé cómo me detengo en contestar á tantas vaciedades... Y la carta de recomendacion de don Hilarion?

Sim. Vamos, ya me voy convenciendo: que entren, pues. (Con todo, bueno será no perderlas de vista.)

Lope. Con que, señoras, adelante. Ya conoceis mis intenciones. Espero que las seguireis al pie de la letra. (*Vase con don Simplicio.*)

ESCENA XI.

LEONOR, *y* MÚSICOS *vestidos de dueñas.*

Mús. Señorita, á las órdenes de usted.

Leo. Querreis decir á las de mi tutor. Pero una vez que él os ha manifestado sus intenciones, bueno será que yo tambien os dé á conocer las mias. Yo ignoro qué salario os habrá señalado don Lope; pero por crecido que sea, siempre será poco en comparacion de los trabajos que os esperan. Habeis de saber, en primer lugar, que me sucede á menudo dar, á un mismo tiempo, diez órdenes contradictorias, y que exijo sin embargo se cumplan todas sobre la marcha. De noche me levanto doce ó quince veces para ir á dar una vuelta al jardin, y, como pupila obediente y respetuosa, no me descuidaré en despertaros para que me acompañeis segun lo mandó mi tutor. De dia mudo ocho ó diez veces de trage, y empleo dos horas largas en cada tocador. Já, já, já: de antemano rio de la vida divertida que vais á llevar. A ver, á ver; quiero desde ahora probar vuestra habilidad. Vamos, la mas diestra de ustedes venga á peinarme. Vamos, avivarse.

Mús. Señora, un poco de paciencia... Ya voy.

Leo. Venga una silla. Quisiera un peinado con flores... pero no las tengo aqui: id pronto á buscarlas en un cajon que encontrareis ahí dentro, encima de la cómoda.

Leonor se sienta al tocador. Este se transforma en un trono de flores, donde está don Juan presentándola una corona de rosas, mientras que las cuatro dueñas se transforman en ninfas que se agrupan al rededor de ella,

enlazando á los dos amantes con guirnaldas de flores.
Qué veo! Don Juan! Qué prodigio!

Juan. Oh, Leonor mia, contempla en mí al mas feliz de los mortales.

ESCENA XII.

Dichos y DON SIMPLICIO.

Sim. Vírgen del Pilar! Ahora con una compañía de baile... pronto, á don Lope... á ver si dirá otra vez que veo visiones.

Leo. Esplícame, bien mio, por qué medios sobrenaturales...

Juan. No me preguntes nada, Leonor, y celebremos los efectos sin indagar las causas.

Sim. Por aqui... por aqui... Ya verán ustedes.

Leo. Somos perdidos... Simplicio llega con mi tutor; qué haremos, Dios mio?

Juan. Qué sé yo? (*A las ninfas.*) Ustedes, por supuesto, sabrán lo que tienen que hacer en tal apuro? (*Las ninfas responden que si.*)

Leo. Y tú...? Por ahora ocúltate en mi cuarto... ya no hay tiempo... Oh! detras de ese espejo. Y todo ese aparato? Y mi tocador?

Vuelve el tocador á su forma primera, y desaparecen las ninfas. D. Juan está escondido detras del espejo.

ESCENA XIII.

DON JUAN, LEONOR, DON LOPE, DON SIMPLICIO, y CRIADOS *armados.*

Sim. Le digo á usted que estoy cierto, ciertísimo. Dónde está?

Lope. Sabe usted, señor don Simplicio, que ya empiezan á cansarme sus estravagancias?

Sim. Diga usted lo que quiera. Yo puedo jurar que lo acabo de ver á los pies de la señorita con una compañía de baile completa.

Lope. Hé! majadero; siempre á vueltas con la compañía de baile, con la compañía de ópera.

Sim. Es que las tengo sentadas en el estómago.

Lope. Es que usted está viendo visiones.

Sim. Visiones? Pues el tiempo lo dirá.

Lope. Me hará usted el favor, señorita, de decirme dónde estan sus dueñas. (*A Leonor.*)

Leo. Qué? Acaso estaba yo encargada de velar sobre ellas? Habia creido lo contrario.

Sim. Qué dueñas? Bien lo dije yo que no habia tales carneros. Ya, como son brujas, brrr, se habrán volado... No lo dude usted, señor don Lope, aqui hay magia; el mismo demonio se ha introducido en casa.

Lope. Yo confieso que empieza á confundirme tanto embrollo.

Sim. Pues yo no me confundo tan facilmente, y no desespero de descubrir á mi alevoso rival. No es brujo él, no tiene alas, y no habrá podido volar con ellas. Por consiguiente estará por ahí escondido en algun rincon. Voy á revolver la casa de arriba abajo, y si doy con él, si doy con él... seguidme vosotros, (*A los criados.*) y vamos en su busca.

Juan. Busca. (*Escondido.*)

Sim. Ya se ve que buscaré, y para descubrirle, para darle el merecido castigo, todo lo revolveremos. (*A don Lope, creyendo que es él quien ha hablado.*)

Juan. Veremos. (*Escondido.*)

Sim. Sí señor, lo verá usted. (*A don Lope.*)

Lope. Pero hombre, á qué me viene usted á mí...?

Sim. Sí señor, á usted, á usted. Qué significa eso de busca, veremos. Eso es dudar, y dudar de mi valor, y yo no acostumbro tolerar ultraje igual ni del mismo... Pero á qué perder tiempo? Manos á la obra, y si no salgo con honor de mi empresa diga usted que don Simplicio Bobadilla es un tonto.

Juan. Tonto. (*Escondido.*)

Sim. Esta sala tiene eco. (*Temblando.*)

Lope. A qué vienen estas risas, señorita? (*Se rie Leonor.*)

Leo. Me ha hecho gracia el talento que tiene el eco en acertar.

Sim. Su eco de usted, señorita, es un grosero, un...

Lope. Ya estoy convencido de que don Juan está escondido en esta pieza. (*A Leonor.*) Si le descubrimos temblad.

Juan. Temblad. (*Escondido.*)

Lope. Esta es su voz, no lo puedo dudar. Busquemos. La voz me ha parecido salir de...

Juan. Aqui, aqui. (*Escondido.*)

Sim. Detras del espejo, detras del espejo. (*Va don Lope con los criados á registrar.*)

Lope. Pues si no hay nadie.

Todos. Nadie! (*Atónitos.*)

Sim. Pues, magia, brujerías.

Leo. Qué significa todo lo que pasa hoy con don Juan? Si estaré soñando?

Lope. Pero usted, señorita, nos hará el favor de esplicarnos tanto misterio?

Sim. Sí, sí, esplicarnos...

Leo. Y cómo podré esplicaros lo que yo misma no alcanzo?

Lope. Pero, en suma, entró aqui don Juan?

Leo. Sí señor.

Lope. Salió?

Leo. No señor.

Lope. Con que se escondió?

Leo. Sí señor.

Lope. Y dónde?

Leo. Detras de ese espejo.

Lope. Os burlais; si acabo de registrar, y nada...

Sim. Hé! El miedo os turbaria la vista. Pero no hay duda que ahí está. Todos hemos distinguido su voz en esa direccion.

Lope. Una vez que yo registré con miedo, por qué no va usted? Usted que es mas valiente puede...

Sim. Ya se ve que iré... (*Temblando se aleja del espejo.*)

Leo. No es aquel el camino. (*Mofándose.*) Vamos, ánimo, señor don Simplicio; por aqui, por aqui.

Sim. Sí señora que iré, y el tal don Juan... Vamos allá, vamos allá. A él, á él, amigos.

Echa delante de sí á los criados, que tambien tieman. Al fin se acercan al espejo, y no atreviéndose á mirar detras, le inclinan de cabeza al suelo, hácia sí, de forma que quedando descubierto el sitio donde se ocultó don Juan, vean todos que ha desaparecido. Luego llevan el espejo á otro punto de la sala.

Pues, bien mirado, me alegro de no haberle encontrado.

Lope. Por qué?
Sim. Porque una vez cara á cara con él yo podia perderme. Quién sabe las resultas? (*Echando mano á la espada.*)
Leo. Já, já, já. (*Riéndose á carcajadas.*) Pobrecito!
Lope. Tanto descaro ya pasa de raya. (*A Leonor.*) Se me acabó la paciencia. Burlarse en estos términos de un padre!
Sim. De un esposo, como quien dice!
Lope. Llevadla al punto á una de las torres del castillo. (*A los criados.*) Alli ha de permanecer hasta que sumisa admita la noble mano del esposo que la presento.
Sim. Bien hecho.
Lope. Qué os detiene? (*A los criados.*) Vamos, obedeced.
Se disponen los criados á prender á Leonor. Sale don Juan de detras del espejo.
Juan. Deteneos, ó temedlo todo de mi furor.
Sim. A ver si me engañé cuando dije que detras de espejo...
Juan. Hola, caballerito! con que eres tú quien pretende robarme mi Leonor? A ver si te atreves á dispu tármela con las armas en la mano.
Sim. Sí señor, con las armas veremos... (*Se esconde de tras de los criados, empujándolos hácia don Juan* Deténganme ustedes, deténganme ustedes, ó si n le mato.
Lope. Qué estais haciendo ahí plantados? (*A los cria dos.*) Vamos, desarmadle, prendedle. (*Los criad acometen á don Juan: este sucumbe.*)
Sim. Ya ves, rival temerario, lo que cuesta atrever con un hombre como yo. Ya quedas vencido.
Juan. Cobarde! (*Huye don Simplicio.*)
Lope. Llevadle tambien á una de las torres; pero q' sea distinta de la que ha de habitar Leonor. Lue acordaré lo que ha de hacerse con él. (*A los criado.*
Juan. Leonor mia...!
Leo. Tranquilízate, amigo; mi corazon, mas justo q la suerte, no te hará traicion.
Lope. Llevadlos, llevadlos pronto.
Sim. Sí, sí: y cuidado con él, sobre todo; no le solte (*Los criados llevan á los dos amantes.*)

ESCENA XIV.

DON SIMPLICIO *y* DON LOPE.

Lope. Ahora que estamos solos, señor don Simplicio, permítame usted confesarle que le creía mas valiente.

Sim. Cómo se entiende? (*Echando mano á la espada.*) Agradezca usted el título de tutor de mi novia; él refrena mi justa indignacion. De lo contrario ya hubiera usted esperimentado si se duda impunemente de mi valor.

Lope. Ahora salimos con esa? Hombre, á qué viene ese alarde marcial conmigo? No venia mejor cuando estaba presente su rival de usted?

Sim. Es que entonces, como ahora, como siempre, me contuve porque sé hasta qué estremo puede llevarme mi natural ímpetu una vez metido en la refriega.

Lope. Ya; y por lo mismo no se mete usted nunca. Pero dejemos eso ahora. No hace falta el valor para marido, ó á lo menos no es de la misma clase el que se requiere. Con que, á pesar de lo visto, me mantengo en lo ofrecido: Leonor será de usted; mas debemos, ante todas cosas, acabar con el temible rival que usted tiene.

Sim. Temible, no para mí, por cierto.

Lope. Otra vez! Hombre, no sea usted majadero, y déjese usted de inútiles baladronadas. Qué haremos con don Juan?

Sim. Llevarle con buena escolta á Zaragoza, y entregarle á la justicia para que me le ahorquen por vago, por seductor, por alborotador, por atropellador de los derechos tutoriales y noviales.

Lope. Pues vamos, á ello. No hay que perder tiempo.

ESCENA XV.

Vista de la parte de la quinta de don Lope donde estan los torreones. Detras de las rejas aparecen en el uno don Juan, y en el otro doña Leonor.

DON JUAN, LEONOR, *y luego* CUPIDO, DON LOPE *y* DON SIMPLICIO.

Leo. No es tanta nuestra desgracia, amigo mio, cuando

la disposicion de estas rejas nos permite siquiera vernos y hablarnos.

Juan. Ay, Leonor! estás presa, padeces, y todo por mi causa. De cuantos males podian acometerme, esta idea es la mayor.

Leo. Es posible que asi te acalores? Piensa, mi bien, que para tu Leonor no es padecer el padecer por tí y contigo.

Juan. Con que solo para hacer mas amargas las penas que me esperaban, el hado quiso por un momento resucitar mis risueñas esperanzas! Mi decantado protector, ya lo conozco, solo quiso burlarse de un infeliz. Dónde han venido á parar los beneficios que me fueron prometidos? Ah! cuánto me arrepiento ahora de mi necia credulidad!

Cup. Tente, desconfiado; ahora verás cómo castigo á los ingratos.

Sale Cupido guiando por el aire un carro elegante tirado por dos palomas. Al pasar delante de la reja de don Juan se desploma la torre, y queda él recogido en el carro. Otro tanto sucede con Leonor. En este instante llegan don Lope, don Simplicio, Lazarillo y criados.

Sim. Venga el burro que le ha de llevar á Zaragoza.

Juan. A qué mas burro que tú? A Dios.

Leo. Hasta la vista.

Lope. Que portento!

Sim. Leonor, Leonor de mis entrañas, huyes de mí desconoces la felicidad que te aguardaba en los brazos de tu Simplicio! Ingrata... Ay! yo fallezco. (*Se desmaya en brazos de los criados.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un jardin con una casa elegante en el fondo, que tiene tres balcones en el cuarto principal, y dos rejas en el bajo. A la izquierda un arbol grande. A la derecha entrada de un bosquecillo.

ESCENA PRIMERA.

DON SIMPLICIO, DON LOPE, *un* ESCRIBANO *y tres* ALGUACILES.

Esc. Pues señores, ya lo ven ustedes. Lo que es dentro de la casa no estan. No se puede haber registrado con mas escrupulosidad. Los criados declaran que no han visto forastero alguno; que su amo don Gonzalo ha salido á dar un paseo. Con que yo no puedo hacer mas, y me retiro con mi gente; pero no será sin advertir á ese caballero (*Señalando á don Simplicio.*) que antes de recurrir á la justicia, y de provocar una campanada, de que don Gonzalo podrá resentirse con razon, debió cerciorarse mejor, y adquirir mas y mejores datos.

Sim. Eso es; ahora pegarla conmigo, despues que me han robado la novia. Como dice el refran, tras de...

Lope. Chiton, desvergonzado.

Sim. Cómo he de callar, cuando estoy viendo que todo se conjura contra mí? (*Llorando de rabia.*) Qué mas datos me piden? Que se ha fugado la novia con su Juanito, bien lo sabe papá, (*Señalando á don Lope*) bien lo puede decir Lazari... (*No acaba, advirtiendo que Lazarillo está ausente.*) que se han refugiado aqui me lo ha revelado, asegurado y jurado un criado del espresado don Gonzalo por vengarse de su amo, que le acababa de despedir: que los demas criados nos lo niegan ahora, cierto es; pero no tienen interes en mentir para encubrir la falta de su

amo? Que ya no estan en casa los delincuentes harto averiguado lo tengo: que salió á paseo don Gonzalo bien puede ser; pero no pueden aquellos haber salido con él? No pueden estar andando por ahí en las mismas dependencias de esta hacienda? Y asi cómo se ha registrado la casa, no sería mas justo registrar ahora jardin, huerta, parque &c., que no habérselas á troche y moche con el inocente oprimido?

Lope. Vamos, don Simplicio, sosiéguese usted, por Dios, que le va á dar un causon.

Sim. Calle usted; si creerá el señor escribano que solo con la espada saben defenderse los Cabeza de Buey? Aunque caballero, algo sé yo de letras.

Lope. Pues mire usted, señor escribano, no deja de tener razon. (*Al escribano.*) Para que el registro sea completo deben recorrerse todas las dependencias de la casa, y si usted no tiene inconveniente...

Esc. Yo? corriente. Mientras don Lope, yo y uno de los ministros damos vuelta al parque, guarden ustedes (*A dos alguaciles.*) la salida de la verja grande; y usted, señor don Simplicio, quédese aqui de centinela para impedir el paso al bosquecillo que guia á la puerta de la huerta.

Sim. Cómo, como! Me dejan ustedes solo? Quédese aqui don Lope, y yo acampañaré al señor. (*Señalando al escribano.*)

Esc. No puede ser, porque mis diligencias han de estar autorizadas con la presencia del tutor, única persona hasta ahora á quien yo pueda reconocer con derechos suficientes.

Sim. Si á lo menos estuviera conmigo mi escudero Lazarillo...

Lope. Hombre, si sabe usted que le hemos dejado ahí fuera guardándonos los caballos. Pero qué significan esos temores, señor don Simplicio?

Sim. Yo no temo nada, sépalo usted, nada. Lo único que pudiera temer es que presentándoseme don Juan se travase entre él y yo un combate á todo trance, en cuyo caso me haria suma falta mi escudero, como obligado que está á asistirme en tales lances por las leyes que el uso ha establecido entre caballeros. Pero á qué voy ahora á meterme en libros de caballería

con un hombre que... vamos, vamos, mas vale callar, que me ciega la cólera, y...

Lope. No se acalore usted, señor ciego: voy á mandarle su Lazarillo. (*Vanse todos, menos don Simplicio.*)

ESCENA II.

DON SIMPLICIO.

Pues señor, una vez que me abandonan indefenso á las astas del toro, ingeniémonos para hacer menos peligroso el lance. Si pudiera yo observar sin ser visto... Ah! felicísima ocurrencia! Subiéndome á un arbol, desde alli... Oh airadas sombras de mis nobles antepasados, cerrad los ojos, y disimulad el plebeyo recurso que adopto: todo es lícito cuando se trata de la conservacion de este único vástago de los Majaderanos y Cabeza de Buey. (*Trepa por el arbol.*) Me van faltando las fuerzas. Ya se ve, estarse uno tanto tiempo en ayunas... (*Consigue colocarse encima del arbol.*) Hé! ya estoy en salvo. El caso es que no podria permanecer mucho tiempo en esta postura. La sed que ya empieza á abrasarme, el hambre no menos imperiosa que me va atormentando... Mas qué veo? Ellos son. (*Viendo venir á don Juan y doña Leonor.*) Si pudiera llamar! (*Mira hácia un lado y otro como para descubrir á alguien de su comitiva.*)

ESCENA III.

DON SIMPLICIO *sobre el arbol*, DON JUAN, DOÑA LEONOR *y* DON GONZALO.

Leo. Te doy la mas completa enhorabuena, primo mio. Sabes que no hay en todo Aragon una posesion igual á la tuya?

Juan. Seguramente.

Gon. Es muy de ustedes.

Leo. Y qué jardines, qué parque tan hermoso y tan grande! Como que la vuelta que hemos dado me ha cansado de veras.

Gon. Sí? Pues entren ustedes á descansar mientras se les acaba de disponer el almuerzo.

Juan. No; estaremos mucho mejor aqui al fresco; qué te parece? (*A Leonor.*)

Leo. Tienes razon; hace un calor!

Gon. Como ustedes gusten. Voy volando á que les traigan á ustedes la mesa á la sombra de esa encina.

Juan. Hemos venido á molestar á usted en unos términos...

Leo. Y quiera Dios que la generosa hospitalidad que le debemos no le acarree mayores incomodidades. Si mi tutor llega á saber...

Gon. Cá! No hay cuidado. Antes de que pueda sospecharse nada ya estarán ustedes unidos. Agur, al momento vuelvo.

Sim. (Pues señor, yo estoy aqui á las mil maravillas.)

ESCENA IV.

Dichos, menos DON GONZALO.

Juan. Escelente idea fue la tuya de venir á ampararnos de tu primo Gonzalo: qué hombre tan generoso! Y yo que desconfiaba de él...

Leo. Con qué injusticia! Si le hubieras oido hablar con don Lope cuando supo que este te habia echado de casa! Cuánto mas prudente hubiera sido, le decia, casar á esós muchachos que no dar un cuarto al pregonero con sus amores!

Juan. Qué quieres? Yo pobre, él rico; yo poeta, él mayorazgo; quién demonio hubiera pensado que pudiesemos llegar á ser amigos?

Leo. Pues ya ves cuánto te engañabas. Pero, á todo esto, ahora que estamos solos, me harás el favor de esplicarme los prodigios de esta mañana? Aquellas dueñas, tu introduccion en casa, nuestra fuga aérea... Sabes que es menester amarte mucho para no tener miedo? Si serás hechicero?

Juan. Calla, Leonor mia; qué mas hechizos que tus bellos ojos?

Leo. Ta, ta, ta... Un requiebro no es una respuesta, señor mio.

Juan. Muchas veces la suple.

Leo. No conmigo, te lo advierto. Con que, vamos, dímelo todo. Todo es sorpresas para mí, y tú, por lo visto, nada estrañas.

Juan. Tengo mis motivos para ello.

Leo. Oiga! Con que es decir que tú no tienes en mí bastante confianza para...

Juan. Cuán injusta eres, Leonor! Puedes creer que guardaria de tí el secreto si me perteneciera?

Leo. Que te pertenezca ó no... Ay, amigo mio, te querré tanto...! Vamos, qué quieres? soy muger y...

Juan. Oye, Leonor, nuestra felicidad pende de mi discrecion.

Leo. Con que nada sabré? Ay, qué felicidad tan cara! Vamos, no te pregunto mas: tengo aun mas amor que curiosidad.

Juan. Oh muger incomparable! Mas ya viene Gonzalo.

ESCENA V.

Dichos y DON GONZALO *con dos criados que traen una cesta y una mesa.*

Gon. De buena hemos escapado!

Leo. y *Juan.* Qué hay?

Gon. Friolera: que mientras estabamos dando nuestro paseo, don Lope y don Simplicio, asistidos de la justicia, han venido en busca de ustedes.

Juan. Es posible?

Leo. Gran Dios!

Gon. Y han registrado la casa de arriba abajo.

Leo. Pronto, pronto, amigo mio, huyamos.

Gon. Y dónde estareis mejor que aqui? No veis que ya, registrada la casa, no pueden suponer qué esteis en ella?

Juan. Tiene razon. (*A Leonor.*)

Gon. Con que, ya que pasó el peligro, tomen ustedes un bocado mientras llega la hora de comer. No dejarán ustedes de necesitarlo. Interin, voy yo...

Juan. Cómo! No nos hace usted compañía?

Gon. Jesus! Si habia yo almorzado muy bien antes de que llegaseis. Con que, buen provecho. Voy mientras tanto á escribir cuatro letras al amigo Tello de Zaragoza para encargarle las diligencias precisas, y mañana á estas horas, si Dios quiere, estareis ya desposados y velados. Que vengan entonces don Lope y su interesante protegido.

Mientras la anterior escena han estado los criados disponiendo la mesa. Se va con ellos don Gonzalo, y se sientan don Juan y doña Leonor.

ESCENA VI.

Dichos, menos DON GONZALO *y los* CRIADOS.

Sim. (Eso es; á comer, á beber, mientras que yo... por vida de Tántalo! y que tenga yo que sufrir esto en presencia de mi desfallecido estómago!)

Juan. Vamos, Leonor, un brindis: (*Despues de haber echado vino en los dos vasos.*) á nuestro próximo enlace! (*Beben.*)

Sim. (Que no te se vuelva veneno, maldito!)

Leo. Y el pobre Simplicio, qué estará haciendo á estas horas?

Juan. Corriendo por esos campos en pós de su ingrata dama.

Leo. Cómo ha llegado á figurarse ese mostrenco que pudiesen jamas hacerle dueño de mi mano ni las mas violentas persecuciones? Un hombre tan feo.

Juan. Tan ridículo.

Leo. Tan tonto.

Juan. Tan cobarde.

Leo. Tan...

Juan. Y tú, hermosa mia, tan linda, tan graciosa, tan...

Se va acercando poco á poco á doña Leonor como para darla un abrazo, cuando á don Simplicio, que durante el anterior diálogo ha estado haciendo mil aspavientos, se le cae el gorro. Levanta la vista don Juan, y descubre á su rival.

Qué veo! Él es!

Leo. Ah, ah! (*Riendo á carcajadas.*) Pues ha debido divertirle la conversacion.

Juan. Qué está usted haciendo ahí?

Sim. Nada. Paseando al fresco.

Juan. Me alegro encontrar á usted. (*Muy enfadado.*)

Sim. Muy señor mio, crea usted que tambien celebro mucho...

Juan Fuera broma. Vamos, abajo, y espada en mano. Leonor será el premio de la victoria. Disputémosla como caballeros.

Sim. Si yo no soy amigo de disputas; tengo el genio mas pacífico...
Juan. Ah! bien veo que es usted tan vilmente cobarde como animal.
Sim. Poco á poco: qué es eso de animal y de cobarde? Cómo se entiende? Sepa usted, caballero, que no me gustan tales indirectas, y que no acostumbro tolerarlas.
Juan. Baja, pues; aqui estoy para darte satisfaccion.
Sim. Si estoy muy satisfecho: asi lo estuviera mi pobre estómago!
Juan. Si no bajas, mira que te hago saltar la tapa de los sesos. (*Apuntando una pistola.*)
Leo. Tente; qué vas á hacer?
Sim. Sí, sí, Leonor mia, vuelve por tu Simplicio, por tu futuro esposo.
Juan. Su esposo tú! Antes, muere...
Sim. Poco á poco. Allá voy. (Supuesto que de todos modos está en peligro mi vida, mas vale probar si...)

Baja, y queda al lado del arbol como para resguardarse de don Juan.

Juan. Déjame dar una leccion á este jumento. (*A Leonor.*) Despacha. (*A don Simplicio.*) Espada en mano. Titubeas; mira que te... (*Apuntando una pistola.*)
Sim. Ay, madre de mi alma!

Saca la espada, y de la vaina, que tiene tres cuartas, sale una hoja de cuatro varas de largo.

Juan. Qué es eso?
Leo. Ah, ah, ah! (*Riendo á carcajadas.*)
Sim. Qué veo! Traicion, traicion! Si se vale usted contra mí de magia y brujerías, las armas no son iguales.
Leo. Ya se ve que no lo son. (*Riendo.*)
Sim. Agradezca usted que no pueda servirme esta espada; de lo contrario, voto á brios...
Juan. Qué te atreves á decir?
Sim. Es que yo tengo fama en la esgrima. Y si no, dígalo Laz... Ah! se me olvidaba que está ausente. Pues, como decia...
Juan. Calla, tonto. (*A Leonor.*) Estoy tentado por guardar á ese majadero en rehenes.
Leo. Y qué quieres que hagamos con semejante trasto?
Juan. Huye, pues, miserable.
Sim. Huir yo! Accion de cobardes. Lo que haré, sí,

será echar á correr... Pero pronto volveré acompañado del tutor, de Lazarillo, de la justicia, y de un ejército entero, para conquistarles á ustedes con las armas en la mano.

Se va blandiendo su espada. Doña Leonor y don Juan se rien á carcajadas.

ESCENA VII.

DON JUAN *y* DOÑA LEONOR.

Leo. Ah, ah, ah! (*Riendo.*) Vaya un chasco! Pero á todo esto, y si ese tonto va á dar nueva alarma y vuelve en breve con mi tutor y la justicia, qué haremos?

Juan. No tengas cuidado, amiga mia; no nos han de faltar recursos para substraernos á cuanto pudieran emprender.

Leo. Ya, tú te lo sabes. Pero yo, que ignoro por qué secreta influencia nos libertamos de los lazos que nos van tendiendo, no las tengo todas conmigo. Asi es, amigo mio, que juzgo prudente el reunirnos pronto á don Gonzalo, y pedirle nos oculte en sitio mas seguro.

Juan. Sea como tú quieras. Mas suceda lo que sucediere, verás que todo lo vence amor. (*Entran en la casa.*)

ESCENA VIII.

DON SIMPLICIO, DON LOPE, LAZARILLO, *y luego* DON JUAN *y* DOÑA LEONOR.

Sim. Cuánto me alegro haber encontrado á ustedes tan cerca!

Lope. Si veniamos...

Sim. Chiton, hable usted mas bajo.

Lope. Si veniamos por usted. Hemos recorrido con la justicia el parque y la huerta; nada hemos encontrado, y persuadido por consiguiente el señor escribano de que era falsa la noticia que nos dió usted de haberse refugiado aqui Leonor y su seductor, está renegando de usted... Luego, luego le oirá usted á él mismo. El nos viene siguiendo; se ha detenido un rato á combinar con sus ministros la nota de las costas que usted, por supuesto, tendrá que satisfacer, señor mio, porque en fin...

im. Chiton; con que era falsa la noticia, hé?
ope. A la vista está.
im. Chiton.
ope. Pero qué significa...?
im. Chiton.
ope. Esplíquese usted.
im. Chiton por Dios, no me interrumpa usted.
ope. Hombre, sino dice usted nada.
im. No importa: chiton por los innumerables mártires de Zaragoza, no me interrumpa usted. Aqui estan.
ope. Quién?
im. Leonor y don Juan; los he visto.
ope. Hé! Déjeme usted en paz con sus visiones.
im. Con que visiones, hé? Sabe usted que hay para volverle á uno loco? Soy yo ciego acaso? Qué demonio! Veo á Lazarillo, le veo á usted, le veo tal como es, sin ilusion alguna... Es usted viejo, es usted gordo, es usted feo.
ope. Insolente!
im. No, si es para probar á usted que no soy ciego, y que cuando digo que los he visto, es que los he visto; diré mas, les he hablado; diré mucho mas, he presenciado su almuerzo. Por mas señas que aun estan ahí las reliquias del tal almuerzo, y que con ellas voy á restaurar mis abatidas fuerzas, mientras llega el señor escribano con su nota de costas. Vamos, vamos.
ope. Cómo es posible que en tan crítica situacion piense usted en comer?
im. No soy yo quien pienso en ello; es mi despótico estómago, que no me deja vivir.
ope. Quite usted allá... No sé cómo tiene usted vergüenza para...
im. Para comer? No es lícito, acaso, tener hambre en su compañía de usted? Pues señor, tenga usted paciencia, que yo necesito comer para cobrar ánimo. Ademas, vamos claros, yo pertenezco á una familia que de generacion en generacion ha acostumbrado siempre á comer, y yo no quiero desmerecer de mis abuelos. Vamos, vamos, papá-suegro, no sea usted tonto, siéntese usted.
Lope. No, no, que la rabia me quita el apetito.

Sim. Pues á mí á la inversa. Con que, con el permiso de usted. (*Se sienta á la mesa.*) Lo que corre mas prisa es beber un trago: la sed me abrasa. (*Echa una botella de vino entera, sin que quede una gota en el vaso.*) Cómo! qué! oh suplicio! Pues qué tiene este maldito vaso? No bebió en él con toda comodidad mi ominoso rival? El infierno se conjura hoy en mi daño.

Lope. Bien hecho; me alegro.

Sim. Toma! El vino no me hace falta para nada. Voy á la fuente inmediata; me llevo este resto de pan, y...

Quiere tomar lo que resta en la mesa del pan que sirvieron á don Juan y doña Leonor, y el pedazo que queda va volando á un lado y otro, corriendo en balde tras él don Simplicio para alcanzarle. Quedan pasmados don Lope, Lazarillo y don Simplicio. Don Juan y doña Leonor, que estan asomados al balcon desde que don Simplicio se sentó á la mesa, rien á carcajadas de este último chasco, hasta que llaman la atencion de don Lope.

Lope. Gran Dios! Será posible! Ellos son.

Sim. No señor, (*Con ironía.*) si es una vision.

Lope. (Me ahoga la cólera.)

Juan. Cálmese usted, señor don Lope.

Lope. Calle usted, infame raptor, y usted, rebelde pupila.

Leo. Yo rebelde? Ay! Tutorcito de mi alma, estoy pronta á dar á usted todas las pruebas de la mas respetuosa sumision: mándeme usted que me case con don Juan, y verá usted con qué docilidad obedezco.

Sim. No señor, yo soy quien...

Lope. Baje usted, yo se lo mando.

Leo. El amor me lo prohibe.

ESCENA IX.

Dichos, ESCRIBANO y ALGUACILES.

Esc. Aqui traigo la nota de costas.

Lope. Qué nota, ni que niño muerto? Ved ahí los fugitivos.

Esc. Qué oigo! Pronto, pronto, bajen ustedes, ó abraso esa puerta.

Juan. No podemos acceder á ninguna de esas dos proposiciones.

sc. Cómo! Qué audacia!
m. (Ya no estoy solo, manifestemos valor.) Qué, tardamos en apoderarnos de ese fanfarron? No quiere abrir la puerta? Pues amigos, al asalto. Animo! Arriba! Facil será por estas rejas.
pe. Tiene razon, al asalto!
dos. Al asalto!
Asi que don Lope y don Simplicio se han agarrado á l. rejas, estas suben al cuarto principal, mientras el lcon donde estan los dos amantes baja al piso bajo. tos y don Gonzalo, que sale en el mismo momento por puerta, se escapan por en medio de los alguaciles, quedan en el aire á una vara del suelo.
in, Leo, y Gon. Agur, señores, hasta la vista.

ESCENA X.

coracion de selva corta. A la izquierda puerta de una a de labrador. Salen de la casa un LABRADOR *y* ALDEANOS *de ambos sexos.*

eano. Muchas gracias: hasta la vista... Agradezco nucho, tio mio, el obsequio que nos ha hecho usted.
. Calla, calla: pasado mañana, si Dios quiere, de amino para casa de don Gonzalo, nuestro buen seor, pasaré unas cuantas horas en casa de mi herlana, y podreis pagarme el obsequio.
eana. Ya, pero no vendrá usted como Juan, acomañado de todos sus amigos y conocidos.
eano. Mira, muger, esa que llamas imprudencia ia, estoy persuadido á que el tio la disimulará. Yo onozco su franqueza.
. Tienes razon, tienes razon. Tú y tus amigos enontrareis siempre en mi casa el mismo agasajo.
eano. Y luego, era tan natural... Hemos estado junos todo el dia en la romería bailando, comiendo intos; y al volver al pueblo, cuando me consta que s compañeros necesitaban tanto como yo de un rato e descanso... podia decirles idos sin nosotros, que amos á refrescar á casa del tio? No señor: pienso eneral, dije yo, era mas natural.
. Muy bien hecho, muy bien hecho. Pero, hijos,

sin que sea despediros, os aconsejo aprovecheis lo que resta de sol para recogeros. Hasta la vista.
Aldeano. Pero antes, chicos, una jota de despedida en obsequio del tio.
Todos. Vamos allá. (*Baile general.*)

ESCENA XI.

Dichos, DON GONZALO, DON JUAN *y* DOÑA LEONOR.

Lab. Qué veo! El señor con dos forasteros!
Todos. Qué viva nuestro buen señor, viva!
Gon. Gracias, gracias, amigos mios. Nuño, despide á toda esa gente, (*Al labrador.*) que nos precisa esta solos. (*Los aldeanos se van victoreando á don Gonzalo.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos los ALDEANOS.

Gon. Pronto, pronto; entrad á esconderos, (*A los dos amantes.*) ínterin voy yo por los caballos, y dentro de un cuarto de hora estamos ya galopando camino de Zaragoza.
Leo. Pero...
Gon. No hay pero. Dejadme obrar; todo saldrá bien.
Juan. No tarde usted en volver, porque siendo prop de usted esta granja, es natural que llegen pronto registrarla antes de irnos á buscar á otra parte.
Gon. Dentro de diez minutos me teneis aqui: con q adentro, adentro. (*Entran los dos amantes. Da a Gonzalo algunas órdenes al oido al labrador, y se v*

ESCENA XIII.

DON LOPE, DON SIMPLICIO, LAZARILLO, ESCRIBANO, GUACILES, *y paisanos armados.*

Uno de los alguaciles, asomados por entre los ár les desde el final de la escena, ha visto entrar á los mantes y llama á su gente.

Alg. Pst., Pst. (*Llamando.*)

Sim. Qué hay? (*Llegando con Lazarillo.*)
Alg. Vienen los compañeros?
Sim. Ahí llegan.
Alg. Está dispuesto el refuerzo que nos ha de ayudar?
Sim. Vienen mas de diez mil paisanos armados: hé, ya los tenemos aqui.

Salen ocho ó diez paisanos armados, el escribano, os demas alguaciles, don Lope, y se reunen todos al ededor del alguacil.

Alg. Con que ya no hay que tener miedo?
Sim. Qué miedo, hombre? Aqui estoy yo. Acabarás de esplicarte?
Alg. Pues señor, ahi dentro estan.
Sim. Eh? (*Retrocediendo de susto.*) Estás seguro?
Lope. Qué miedo, hombre? (*Al alguacil con ironía.*) Aqui está él. Sabe usted, señor don Simplicio, que luce usted á cada momento su decantada valentía.
Sim. Ya se ve que la luzco en llegando la ocasion: mi vida está llena de anécdotas que la acreditan bastante: aqui está Lazarillo, que bien lo puede decir.
Lope. Qué Lazarillo, ni qué Lazaron! A cada momento está usted invocando su testimonio; y qué es lo que pudiera decir tan insigne escudero? Vamos á ver, que lo diga.

Dirigiéndose á Lazarillo, á quien todos estan mirando. El calla, y manifiesta en su fisonomía mucha orpresa.

Y por qué calla ahora. (*A don Simplicio.*)
Sim. Yo le diré á usted; (*Tomando aparte á don Lope con mucho misterio.*) hay un pequeño obstáculo para que hable Lazarillo, y es que... ya se ve, como el pobrecito es sordo-mudo de nacimiento...
Lope. Calla! Y es ese el testigo que ha de declarar en abono de cuanto nos está usted contando en alabanza propia? Eh! Ya veo que no se puede hacer caso de usted. Con que tú, (*Al alguacil.*) ven acá. Estás seguro de que nuestros fugitivos estan ahi dentro?
Alg. Seguro, segurísimo; como que los he visto entrar; y á fé á fé, que si no hubiera sido por mí, por el celo con que corrí tras ellos, adelantándome á ustedes...
Sim. Calla, calla. (*Abrazándole.*) Yo conozco cuánto

debo á tu celo, y basta. (*Dándole la mano.*) Ya me entiendes.

Alg. Oh! Señor, yo no lo digo por tanto.

Sim. No, no, no; es que no tratas con ningun desagradecido. Asi que estemos de vuelta á la quinta suegral, acuérdame que tengo algo que prometerte.

Lope. Eh! Vasta ya de coloquios episódicos: á la obra! Hagamos inmediatamente nuestras disposiciones de ataque.

Esc. Tiene usted razon, ataquemos.

Sim. Sí, sí, ataquemos, ataquemos: eso me gusta; sin embargo, ataquemos con cautela, porque ya ven ustedes, la cautela siempre... sobre todo, cuando la prudencia... estamos? hace que el peligro cuya temeridad, digámoslo asi, suele...

Esc. Tiene usted mil razones, y queda usted perfectamente comprendido. Empecemos por un bloqueo en forma de la casa.

Sim. Sí, sí, el bloqueo; tiene razon el secretario. A bloquear!

Lope. Bloqueemos.

Sim. Porque, seamos francos, en un bloqueo hay menos riesgo, y luego tarde ó temprano se nos han de rendir aunque no fuera mas que por hambre. Con que, batallon! (*A los paisanos.*) armas al hombro Por el flanco derecho, á la izquierda... no señores no es eso. Pónganse ustedes asi como quien dice.. pues, en forma de... qué demonio! Bien deben ustedes saber cómo se han de poner. Y sobre todo, no desviarse en un ápice de las instrucciones militares que acabo de darles á ustedes. Estamos?

ESCENA XIV.

Dichos y DON GONZALO.

Gon. Qué significan, señores, todos esos preparativos de guerra? Con qué derecho intentais bloquear un habitacion que me pertenece?

Lope. Y con qué derecho da usted asilo á una pupi que se substrae á la legítima autoridad de su tuto

Gon. No le debo á usted satisfaccion sobre el partic

lar. Soy dueño de admitir en mi casa á quien me da la gana.

Sim. Segun y conforme. Esta es cuestion de derecho, á la verdad; pero yo no soy zurdo en la materia; y sostengo...

Gon. Yo sostengo que es usted un animal.

Sim. Eso no prueba nada para el caso, señor mio: un insulto no es una razon, y cualquiera que hace intervenir las personalidades en una discusion, envilece la mas noble facultad del hombre, y merece el desprecio público. Lógica, señor mio, lógica.

Lope. Aqui no hay mas lógica que tomar uno lo suyo donde quiera que lo encuentre. (*A los paisanos.*) Con que, amigos, á ello. (*Todos se dirigen blandiendo sus armas hácia la casa.*)

Esc. Deteneos, señores, deteneos... *cedant arma togæ*, lo que quiere decir en castellano, al escribano toca dirigir estos fregados. Procedamos, pues con formalidad. Señor don Gonzalo, quiere usted entregarnos espontáneamente á doña Leonor, que está retirada en esa su casa de usted, y á quien reclama su tutor don Lope, aqui presente, y á quien doy fé conozco? Sí, ó no. Sentiré que usted nos ponga en el caso de usar de un rigor...

Gon. Yo no puedo hacer traicion á la amistad que confió en mí, y me parece que entregar á Leonor...

ESCENA XV.

Dichos y DON JUAN, *que sale furioso con espada en mano, trayendo á doña Leonor.*

Juan. Entregar á Leonor! Morir primero!

Sim. Rebelion, rebelion! Amigos, á él, á él! Yo por si acaso voy á cortarles la retirada asegurándome de la puerta.

Se trava un combate entre don Juan y don Gonzalo por una parte y los paisanos por otra. Aquellos ceden al fin. Los alguaciles se apoderan de doña Leonor, á quien se llevan. Don Simplicio, al querer refugiarse detras de la puerta, da mil vueltas con ella, logra desasirse, corre mareado y atontado tras de doña Leonor, á

quien siguen el escribano, don Lope y Lazarillo. Los paisanos se llevan á don Juan en otra direccion. Don Gonzalo entra en su casa. Muda la decoracion.

ESCENA XVI.

Decoracion de la escena VIII del primer acto. Hay en el tocador dos velas encendidas.

DON LOPE, DON SIMPLICIO, LAZARILLO *y* DOÑA LEONOR.

Sim. Uf! Ya era tiempo de llegar: á ver si descansamos: en fin, no ha costado poco conquistar á esa ingratilla. (*Deja en un sillon su gorro, su capa y su espada.*)

Leo. Vive aun don Juan?

Sim. Ya se ve que vive, pero yo tambien vivo.

Leo. Pues viviendo aun don Juan, nada habeis adelantado con tenerme en vuestro poder. El triunfo durará poco.

Sim. Sí, sí; cuente usted con él. Ya estará muy distante de aqui, y ya estamos á cubierto de sus hechizos. Los de usted, lucero, son ya los únicos que conservan su imperio.

Lope. Estan tomadas todas las precauciones, y si se acerca á quinientos pasos de esta quinta...

Leo. Muy en breve lo espero; muy en breve estará á mi lado.

Sim. Cá! Porque tiene pacto con el demonio, hé? Pero como mañana ya será usted mi esposa, ya estaré asegurado de...

Leo. Al contrario, amiguito, nunca tuvo usted ma porque temer.

Lope. Pocas palabras, estamos? Yo no tengo ganas d conversacion á estas horas. Retírese usted á la piez inmediata, que ha de ser su única habitacion hast la hora de dar la mano á...

Sim. Sí señora; retírese usted.

Leo. Eso es decir que voy presa, (*Sonriéndose.*) no verdad?

Sim. No señora: qué disparate! Cómo nos cree uste capaces...! Ponerla á usted presa! ni por pienso. I

único que queremos es detenerla á usted en un sitio de donde no pueda salir.

Leo. Mil gracias por la moderacion. Pues señor, allá voy á encerrarme para pensar esclusivamente en el dulce dueño á quien nunca dejaré de amar.

Sim. El tiempo lo dirá. Asi que usted llegue á conocerme...

Leo. Persuádasé usted, don Simplicio, y persuádase tambien mi querido tutor, que la constancia triunfa de los mayores obstáculos, y que todo lo vence amor. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

Dichos, menos DOÑA LEONOR.

Lope. Ta, ta, ta: eso es hablar por hablar.

Sim. Lo cierto es que tenemos el pájaro en jaula. Con que ya podemos irnos á acostar.

Lope. Acostarse! Está usted en su juicio?

Sim. Ya se ve que estoy. Toma! Qué tiene de particular el que desee descansar, despues de haber corrido tanto hoy á pie, á caballo, á rejas, á molino... Vaya, vaya; yo estoy tronzado. Aunque tuviera uno el cuerpo de hierro!

Lope. Y quién hará centinela en la puerta del cuarto de Leonor?

Sim. Tiene usted razon. Aqui está Lazarillo, que me hará el favor.

Lope. Y si sucede algo, cómo nos llama el señor sordo-mudo?

Sim. Es verdad; yo no caía en la cuenta del sordo-mudismo. Si estoy siempre tan distraido! No es verdad, Lazarillo? Usted mismo, papá-suegro, no podria quedarse, ó cualquier criado de casa?

Lope. Calle usted, hombre: á usted, como mas directamente interesado, á usted es á quien incumbe guardar á su futura esposa. Y luego, que una mala noche pronto se pasa.

Sim. Toma! Como á usted no le ha de doler...

Lope. Vamos, vamos; mañana al amanecer mando por el notario, y se concluye sobre la marcha la boda deseada.

Sim. Sí, y estaré yo para el caso despues de una noche como la que me espera.

Lope. Vaya, vaya, buena noche, yernecito mio. Ven, Lazarillo.

Sim. Papá, papá; y me deja usted solo?

Lope. Otra vez el miedo!

Sim. Miedo? Qué disparate! No es sino que á mí me gusta la sociedad.

Lope. Hasta mañana si Dios quiere. (*Vanse don Lope y Lazarillo.*)

Sim. Dicho y hecho, me abandonan. Papá, mándeme usted siquiera con que cenar, aunque no fuera mas que un par de pavos.

ESCENA XVIII.

DON SIMPLICIO.

Hé... héteme aqui cara á cara conmigo mismo. Jesus, Jesus mil veces! Cuántos trabajos tiene uno que pasar para casarse con una muchacha que no le quiere! Siempre corriendo, siempre volando, siempre ayunando. Qué hambre tengo! Qué cansado estoy! Y sobre todo, qué sueño el mio! Pues señor, suceda lo que sucediere, tratemos de dormir, porque durmiendo se olvida uno de las fatigas, y, hasta cierto punto, del hambre. Ya, pero cómo y dónde dormir? Discurramos... En un sillon; le coloco delante de la puerta que importa guardar, y de este modo nadie podrá entrar ni salir sin despertarme. Oh! qué rasgo de... cómo diré yo, de genio ó de ingenio? Cualquiera cosa, que yo no quiero reñir con nadie. Vamos á la cama.

Coloca un sillon enfrente del cuarto de doña Leonor; luego, en el acto de disponer una silla por delante para descansar las piernas, se detiene.

Ya, pero me ocurre una dificultad; al querer entrar ó salir cualquier fantasma me puede atropellar, y no me saldria la cuenta: á ver; el asunto es cumplir con mi guardia, y no arriesgar el pellejo. Desde alli (*Señalando el lado opuesto.*) lo mismo podré observar, y, en un apuro, me es mas facil alcanzar la puerta de la escalera. Bien pensado.

Va á sentarse en el sillon que está al lado opuesto, y donde dejó su gorro, su capa y su espada.

Poco á poco; la prudencia, madre de la seguridad, exije que registre uno siempre escrupulosamente el cuarto donde ha de dormir: á ver, no sea que...

Toma una vela, y registra el cuarto. Al llegar delante de los retratos se detiene.

Válgame San Fermin, qué caras tan feas, tan... Esos serán retratos de la familia de don Lope. Sí, no hay duda: son los retratos de su noble posteridad. Vaya, ya está visto, estoy solo, absolutamente solo: no se puede estar mas solo. (*Se acurruca en el sillon.*) Con qué ganas me va á pillar el sueño! (*Bosteza, y hacen otro tanto los retratos.*) Ay, ay, ay! Qué he visto? Los retratos que han estado bostezando al mismo tiempo que yo. Eso será que se estan fastidiando de permanecer tanto tiempo en un mismo sitio. Con todo, cómo es posible eso? Vamos, vamos, el sueño sin duda ha turbado mi vista: fue ilusion probablemente lo que vi, y si no probémoslo. (*Bosteza, y le imitan los retratos.*) Ay, madre de mi alma! No es ilusion, no es ilusion; mi hora llegó. El demonio me persigue, es evidente. Saben ustedes que habria lo bastante para temblar (*Temblando mucho.*) sino fuera por el valor natural que le anima á uno y le hace superior? Qué no daria yo por poder dormir? porque si durmiera, probablemente sería con los ojos cerrados, y no veria todas esas brujerías que me atormentan. Pero calla! Para no verlas hay mas que apagar las luces? (*Va á apagarlas, y se detiene.*) Ya, mas eso es salir de un apuro para caer en otro; y sì, á favor de la oscuridad, vienen los duendes á hacerme cosquillas, á pincharme las pantorillas, á tirarme de los pies... Bah! entonces llamaré á don Lope, recurso que no debo emplear sino en la última estremidad, porque el viejo testarudo, empeñado en atribuirlo todo á miedo, sería capaz de negarme al fin su pupila. No hay que titubear: mi futura felicidad pende de la conducta que observe en esta noche crítica: apagaremos las velas. En breve las antorchas de himeneo me volverán la luz apetecida.

Apaga una de las velas. Cuando tiene apagada la

segunda, vuelve á encenderse la primera. Apaga nuevamente ésta, y se enciende la otra, cuyo juego se repite vice-versa tres ó cuatro veces.

Si estará tambien el demonio en estas velas condenadas? (*Consigue por fin apagarlas.*) Ah! ya está apagado el demonio.

Vuelve á tientas á su sillon; se dispone para dormir. Las dos velas se encienden á un tiempo.

Dale; vaya una tema... Qué puedo yo, infeliz, contra tanta magia de los infiernos? Ah! Si me atreviera, si me atreviera, voto á tal, qué miedo tendria! Pues señor, cómo ha de ser? Una vez que está empeñado Satanás en que yo me vea dormir, dejemos en paz las velas, y, haciendo de tripas corazon, procuremos descansar, sino el ánimo, siquiera el molido cuerpo. (*Se acurruca en el sillon.*) Ay, cuán cara te compro, Leonorcita! Luego veremos si me lo agradeces. Brrr, las noches empiezan á hacerse fresquitas: estoy casi tiritando. No puede ser mas que el frio: á ver si me gobierno tal cual en esta cama de lance.

Se pone el gorro, y se emboza en la capa; á poco se duerme, y no bien principia, cuando se le va hinchando el gorro hasta tomar la forma y las dimensiones de un globo. Se despierta asustado.

Dios mio! Qué es eso? Ay, ay, (*Dando gritos desaforados.*) ay! Madre mia, papá-suegro, Lazarillo fiel, no hay quien me favorezca? Que me vuelo, que me vuelo!

Acuden dando gritos y medio desnudos don Lope, Lazarillo y varios criados y paisanos con hachones. Muda la decoracion, y representa el teatro una campiña, por cuyos aires se va el globo llevando á don Simplicio en una direccion, mientras Cupido lleva en otra á don Juan y doña Leonor sentados en un carro elegante.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un punto de vista de las cumbres de los Pirineos cubiertas de nieves.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE, LAZARILLO, *varios* CRIADOS *y* PAISANOS, *mirando todos al cielo como para descubrir el globo que se llevó á don Simplicio. Don Lope tiene un inmenso telescopio.*

Lope. Nada divisais vosotros?
Pai. Toma! Y quién ha de ver primero, teniendo sus ojos de usted el auxilio de ese armatoste?
Lope. Pues señor, no parece el dichoso globo. Sin embargo, á ver... qué es eso? No... nada... Pobre Simplicio, qué viaje ese que está haciendo!
Cri. Ya se ve: pobre señor! Verse volar por esos aires ni mas ni menos que una milocha, como quien dice. Ay! Señor, señor, ahi arribota se descubre algo negro. Si será don Simplicio?
Lope. Dónde, dónde?
Pai. Sí, sí; hácia la izquierda. No hay duda, él es, él es.
Lope. Callen ustedes, animales: si es un cuervo.
Cri. Un cuervo? Animalillo!
Todos. Aqui está, aqui está.
Lope. Sí, sí; él es, él es. Pobrecito!

Don Simplicio, roto el globo que le sostenia, cae en medio de la nieve, dando gritos tremendos.

Pronto, corriendo, á socorrerle!
Todos. A socorrerle!

Sacan á don Simplicio de la nieve, y le traen hácia el proscenio.

Sim. Ay, ay, ay! Mis costillas! Mis riñones!
Lope. Amigo mio!
Todos. Pobre señor!

Lope. No se ha matado usted, no es verdad?

Sim. No señor; me parece que no.

Lope. Y se ha roto usted algo?

Sim. Y eso cómo lo he de saber antes de un debido registro de todas las partes de mi individuo?

Va meneando alternativamente, con muchos quejidos, cada brazo, cada pierna, y luego la cabeza.

No, no; nada está roto, escepto el espinazo, sin embargo, ay, ay!

Lope. Si á lo menos el globo de usted hubiera ido provisto de su correspondiente paracaida...

Sim. Paracaida! Para caida nada mejor que un globo roto, y sino dígalo mi batacazo. Con todo, bien mirado no tengo porque sentir lo que me ha sucedido, porque he hecho un viaje que me ha proporcionado el conocimiento de tantas cosas admirables.

Lope. Sí, hé?

Cri. Calla, qué ha visto usted?

Sim. Qué he visto? He visto...

Pai. Chiton... atencion.

Todos se colocan al rededor de don Simplicio, á quien han sentado en una silla de campaña.

Sim. Pues señor, he visto... pero hombre, si me faltan las fuerzas.

Lope. A ver, Lisardo, darle unas gotas de lo del frasquito. (*El criado da de beber en un frasco á don Simplicio.*)

Sim. Uf! Eso es otra cosa; ya empiezo á respirar. Con que, como decia, he visto...

Lope. A ver, á ver... (*Acercándose mas.*)

Sim. En qué quedamos, tengo la palabra, ó la toma usted?

Lope. Nada, hombre; no se enfade usted: aquella natural impaciencia...

Sim. Pues calle usted, si quiere que prosiga.

Lope. Vamos; callaré, callaré.

Sim. Dale... Silencio una vez! Pues señor, han de saber ustedes que he visto... pero luego podrán ustedes enterarse mejor por medio de un libro que me propongo publicar con la ayuda de Dios y del dómine, á no ser que algun impresor de Valencia lo dé á luz aun antes de acabarlo yo, y sin contar conmigo,

por supuesto, á usanza de esos señores. Con que á la relacion impresa me remito.

Lope. Hombre, despues de habernos hecho entrar en ganas, salir ahora con esa pata de gallo! Vamos, vamos; asi por encima, como quien dice, en forma de... Está usted? v. gr., como ciertas analisis que nos trae de cuando en cuando el *Correo.*

Sim. Pues quedarian ustedes enterados:

Lope. Pues bien, cuéntelo usted como quiera, siempre que satisfaga algun tanto aquella natural curiosidad que usted mismo suscitó.

Sim. No apurarse; vamos, lo contaré por encima. He visto, en primer lugar, he visto á mis pies la tierra que iba disminuyéndose, disminuyéndose hasta reducirse, al parecer, al grueso de una avellana. Luego he visto... he visto... que ya no veía nada. Y tan pronto tenia un frio que me helaba, como un calor que me abrasaba.

Lope. Vamos, como en Madrid.

Sim. Y asi de frio en calor, y de calor en frio, llegué subiendo, subiendo, subiendo, llegué... á la luna.

Todos. A la luna! Ha visto la luna!

Sim. Ya se ve que la he visto, y de muy cerca; como que he estado hablando mas de dos horas con una multitud de lunáticos que estaban alli reunidos en la plaza para ver si llegaba á apearme.

Lope. Y lo consiguió usted?

Sim. Cá! Si estaba haciendo mas evoluciones con las patas y con los brazos... Imposible; el maldito globo se mantuvo siempre á mas de diez varas del suelo.

Lope. Qué sorprendidos se quedarian los lunáticos al verle á usted, no es verdad?

Sim. No lo quedé yo menos de cuanto me estuvieron contando de su tierra: figúrense ustedes que alli todo está al reves de acá: v. gr.: los amantes son constantes; los esposos son fieles; no engañan los mercaderes; no votan los soldados; los oficinistas hablan á todos con buen modo; los cómicos tienen una especie de solfeo donde estan escritas todas las inflexiones de su voz; los cantantes buscan las suyas en su propio entendimiento y en el estudio del corazon humano.

Lope. Hombre, al reves me las calcé!

Sim. La moda alli está sin imperio: ni aun á la medicina llega á sujetar. En el comer, en el vestir, y hasta en las diversiones públicas, prefieren los lunáticos las cosas nacionales á las estrangeras.

Lope. Qué dice usted! (*Con mucha admiracion.*)

Sim. Lo que usted oye. Alli la literatura está en honor. Todos los hombres de talento son ricos, y todos los ricos son hombres de talento. Los periodistas hablan con imparcialidad de las cosas que pueden juzgar, ó callan acerca de las que ignoran. La polémica es urbana. Todo al reves, amigo mio, todo al reves; en fin, alli no son necios los que escriben comedias de magia; qué mas quiere usted?

Lope. Sabe usted que una relacion de tantos prodigios no dejará de interesar? Lo malo es que no querrán creerlo á usted.

Sim. Les diré que lo vayan á averiguar.

Pai. Vaya un viaje! Y cómo salió usted de la luna y pudo volver por acá?

Sim. Con la facilidad del mundo, hombre. Una mudanza de aire... Pff... Dejé la luna sobre la izquierda, y en un credo me encontré jugando á la gallina ciega con un enjambre de planetas, de estrellas, de cometas... Ay, los cometas, qué colas, qué colas tenian los cometas! En fin, del paso que llevaba iba infaliblemente á almorzar al sol, á no ser por un pajarillo chiquirritin, como... como una casa, el cual, dando con el pico en mi gorro, le deshinchó, y me hizo bajar con una rapidez superior á la de la subida. Como que estaria aun bajando, á no haber encontrado de por medio esas benditas rocas que me detuvieron.

Lope. Y diga usted, no ha encontrado usted de camino á don Juan y á Leonor?

Sim. Cómo se habian de atrever á seguir la direccion que yo llevaba?

Lope. He mandado un sin número de gentes en persecucion suya, y pronto sin duda recibiremos noticias. Lo que interesa por ahora es cuidar de usted. Usted por supuesto necesitará descanso?

Sim. Digo! Despues de haber viajado tanto, y de tantos modos... ya... ya...

Lope. Vamos, amigos. El pobrecito apenas puede mo-

verse. A ver si le llevamos á casa en las mismas parihuelas que dispusisteis para traerme á estas cumbres escarpadas; en la inteligencia que yo pagaré muy bien vuestras fatigas.

Pai. Calle usted, señor amo, que no lo haremos por el mezquino interes. Nos gusta naturalmente hacer un favor, sobre todo cuando hay algo que ganar.

Sim. Escelente idea la del papá-suegro. A ver las parihuelas. (*Se sienta en ellas.*) Está uno aqui como un... Pero yo no he de sufrir que vaya usted á pie. (*A don Lope.*) Venga usted, que venga tambien mi inseparable Lazarillo.

Lope. No señor. Nosotros estamos sanos y robustos, gracias á Dios, y la bajada nos servirá de paseo: con que adelante.

Sim. Pues señor, adelante!

Cuando van los paisanos á levantar las parihuelas desaparece don Simplicio, hundiéndose en la tierra. Gritos generales.

Lope. Qué es eso? Dónde está? Qué ha sido de él? Ay, pobre Leonor, bien lo veo, el infierno está conjurado contra la felicidad que te aseguraba tal marido! Qué hemos de hacer ahora? Pudimos trepar por estas cumbres para seguirle en lo posible mientras le veíamos volar por ahi arriba... Pero si se desvanece como un Silfio, sin dejar huella alguna, dónde le hemos de buscar? Cómo ha de ser! No nos queda mas que irnos á casa á esperar con resignacion el desenlace de tanto embrollo.

Todos se van, llevándose el frasco, la silla de campaña, las parihuelas, el telescopio &c.

ESCENA II.

El teatro representa las fraguas de VULCANO: *los* CÍCLOPES *estan ocupados en sus trabajos. Los preside* VULCANO. *Todo anuncia la region del fuego, del ruido, en una palabra, las entrañas del Etna.*

Cic. Poderoso dios de los cíclopes, (*A Vulcano.*) aquel afortunado mortal que resolvió favorecer tu sin par generosidad, y á quien tu mágico poder hizo bajar

desde las cumbres del Pirene hasta estas nuestras entrañas del Etna, está en la cueva inmediata. Qué hemos de hacer?

Vul. Que venga.

Cic. Aqui está. (*Llega con muestras del mayor susto don Simplicio, escoltado por media docena de ciclopes.*)

Vul. Seas bien venido, insigne don Simplicio Bobadilla de Majaderano y Cabeza de Buey.

Sim. (Calla, calla, cómo sabe todos mis nombres...!) Muchas gracias, señor maestro.

Cic. Cómo maestro? (*A don Simplicio, amenazándole con el martillo.*)

Sim. Poco á poco; no hay que enfadarse. Viendo yo todas las señas de unas fraguas, yo pensé que el que dirigia los trabajos...

Vul. Tonto...! No conoces, segun eso, la mitologia?

Sim. La mito... qué?

Cic. Logia, majadero. (*Amenazándole otra vez.*)

Vul. Tu ignorancia sola puede desconocer en mí á un hijo de Saturno, al dios del fuego, al númen de los herreros.

Sim. Sí, como quien dijera, v. gr., el gefe de los chisperos, hé? Ya, ya. Y cuál es su gracia de usted?

Vul. Vulcano, tonto.

Sim. Ah! Vulcano tonto se llama usted? Pues señor, sea enhorabuena por el nombre y el empleo. Y ahora, me harán ustedes el favor de esplicarme con qué objeto he venido rodando de abismo en abismo, aunque sin lastimarme, hasta estas hornillas?

Vul. Vas á saberlo. Yo he resuelto apadrinarte de hoy en adelante, y hacerte triunfar de las persecuciones que dirige contra tí tu rival, ó por mejor decir su picaruelo protector.

Sim. Y le conoce usted á ese protector? Quién es?

Vul. Cupido, alias el amor.

Sim. No tengo el honor de conocerle. Pero no por eso le debo á usted menos gracias por el favor que me dispensa.

Vul. Nada tienes que agradecerme, porque me inclino naturalmente á favorecer á todas las víctimas del pérfido Cupido, no tanto por interes hácia los perseguidos, como por odio al perseguidor.

Sim. Calle! Y qué os ha hecho ese señorito Cupido, que le teneis tantas ganas?

Vul. Eso fuera largo de contar. Ademas, son asuntos de familia. En breve estarás en estado de comprender mi resentimiento, pues si, como lo espero, consigo casarte...

Sim. Casarme! Y con quién?

Vul. Toma! con tu Leonor. Con que vamos por partes. Tú la quieres, pero ella no te quiere á tí, no es verdad?

Sim. Ni migaja.

Vul. Eso no tiene nada de particular.

Sim. Cómo!

Vul. Quiero decir que son cosas que suceden, y sino dígalo yo... Pero dejémonos de digresiones. Ella prefiere á cierto don Juan, no es verdad?

Sim. Sí señor; y, mire usted, está ese mequetrefe muy distante de valer tanto como yo... Capricho de mugeres.

Vul. Pues bien, es preciso desafiar á tu rival en batalla campal; le vences, y Leonor es tuya.

Sim. Con que, le venzo, hé? Ya.

Vul. Pero, como me parece que no eres de los mas valientes...

Sim. Diré á usted. Eso es conforme; hay dias en que el temple de uno...

Vul. Ya me hago cargo, (*Sonriéndose.*) y por lo mismo quiero regalarte armas que te harán invencible.

Sim. Eso es otra cosa, porque, ya ve usted, en sabiendo uno que es invencible ya puede ser muy valiente, porque al fin y al cabo ya está seguro de que no tiene nada que temer.

Vul. Polifemo! (*Llamando despues de haber dado unos martillazos en una bigornia.*) Trae en primer lugar el casco que en otros tiempos fue fabricado en estos talleres para el célebre Rey Midas.

Sim. Muchas gracias.

Un ciclope entrega á don Simplicio un casco de plata que tiene en la cimera un rabo de asno, y en sus partes laterales dos descomunales orejas del mismo cuadrúpedo.

Pues, mire usted, estoy persuadido que me sienta á las mil maravillas.

Vul. Ahora forjad un escudo y una lanza del mejor tem-

ple, (*A unos ciclopes.*) y hacedlos superiores, si es posible, á las armas célebres que recibieron de mí tantos héroes. Y vosotros (*A otros ciclopes.*) divertid á este interesante mortal con vuestros juegos y vuestras danzas.

Sim. Muchísimas gracias. Quién hubiera dicho que fueran tan finos unos hombres tan espantosos á primera vista?

Vul. Acércate, y siéntate. (*Con voz muy fuerte á don Simplicio.*)

Sim. No se incomode usted. (*Temblando.*) Estoy muy bien asi.

Vul. Vamos, te sientas? (*Con voz mas fuerte.*) Por qué temblar? Bien pudiera serenarte la suavidad cen que te hablo.

Sim. (Por vida del tio, con su suavidad tremenda.)

Se sienta al lado de Vulcano. Unos ciclopes, armados con martillos, ejecutan una danza de un carácter apropiado al sitio y á las personas. Otros trabajan con horroroso estrépito en forjar y pulir las armas pedidas por su señor. Dos ciclopes vienen á arrodillarse á los pies de Vulcano, y á entregarle una lanza y un escudo, que éste pasa á las manos de don Simplicio.

Vul. Armado con esta lanza, y protegido por este escudo, difundirás el terror entre tus enemigos.

Sim. Ay, ay, que quema! (*Tomando la lanza.*) Vaya una chanza pesada! Miren ustedes qué gracia!

Vul. Hé! No repares en esas frioleras. Ahora voy á darte un escudero que te acompañará en adelante.

Sim. Muy bien, porque á mí me gusta la conversacion. Y luego... ya se ve... Con que, dónde está el compañero?

Vul. Aqui le tienes.

Se presenta un enorme ciclope, armado con una desaforada cachiporra.

Sim. Jesus mil veces! Yo no quiero ir con tal compañero; sería capaz de comerme en el camino.

Vul. No tengas cuidado; fiate de él, que siempre te protegerá.

Sim. Me lo promete usted, (*Temblando al ciclope.*) señor compañero? (*El ciclope hace seña que si.*) Toma Y es eso todo lo que habla? Si estaré destinado á te-

ner siempre escuderos mudos? Pues estoy fresco; no dejará de divertirme la conversacion del compañero.

Vul. Él no va solo; tendrá á sus órdenes ocho valientes cíclopes que bastan para arrollar un ejército. Vamos, disponte á volver con ellos á tu tierra. En un minuto te encontrarás trasladado por magia á la orilla del mar, donde paran en este momento los dos amantes.

Sim. Está usted en su juicio? A la orilla del mar, y ellos estan en las cercanías de Zaragoza?

Vul. Déjate de escrúpulos geográficos, que no vienen al caso; no sabes, tonto, que no hay *magia* sin su correspondiente *marina*?

Sim. Eso es, y despues la *gloria*, hé? Pues señor, vamos allá, vamos allá.

Ocho cíclopes llevan en andas á don Simplicio en pie sobre una bigornia.

Vul. Tribútensele todos los honores que corresponden al protegido de vuestro amo.

Marcha triunfal. Muda la decoracion.

ESCENA III.

El teatro representa una campiña con el mar en el horizonte. Hácia el proscenio existe un banquillo de piedra, donde á su tiempo han de venir á descansar los dos amantes.

DON JUAN y DOÑA LEONOR.

Juan. Descansa un momento, Leonor mia. (*Se sientan en el banco.*) En breve, lo espero, volveremos á encontrar el asilo que nos tenia ofrecido la amistad.

Leo. Qué triste estás, amigo mio! Te arrepientes, acaso, de haberme confiado el secreto de la proteccion á que hemos debido tantos prodigios?

Juan. Lo has exigido, Leonor, y has vencido. Pero mi generoso bienhechor, que me habia encargado tan encarecidamente el mayor sigilo, no tardó en manifestarme su resentimiento: lo has visto, tan pronto como se me escapó el secreto encargado, desapareció, con mi preciosa patita, el carro mágico en que viajábamos. Y ojalá que este primer efecto de su venganza no sea precursor de mayores desgracias.

Leo. Calla! (*Riendo.*) tú tambien ahora vas á volverte caviloso? qué tonto eres! Miren ustedes el gran delito: haberme dado á conocer el protector á quien debemos la dicha de vernos reunidos lejos de nuestros perseguidores.

Juan. Ay, dueño mio, lo veo; aunque desesperara del favor de mi padrinito, los encantos de tu conversacion, las gracias de tu lindísimo genio, lograrian consolarme. Pero no, no desconfio aun de recobrar el singular talisman que ha de labrar mi felicidad.

Leo. Ah, ah, ah! (*Riendo.*) Sabes que es muy original nuestro protector? Haber colocado su poder y nuestra felicidad en una pata de cabra! Qué idea tan estravagante! En verdad, yo que soy tan loca no haria mas.

Preludio de música que recuerda la marcha triunfal de don Simplicio.

ESCENA IV.

Dichos, DON SIMPLICIO *y sus ocho* CÍCLOPES.

Juan. Qué ruido es ese? Gran Dios! qué he visto? Simplicio!

Leo. Y qué monstruo es ese que le acompaña?

Juan. Les ha de costar cara mi vida. (*Desenvaina la espada.*)

Sim. Aqui estan. (*Quiere adelantarse el gefe de los cíclopes, y le detiene don Simplicio.*) Poco á poco, no estamos aun con suficientes fuerzas. No hay que aventurarse con ese bicho; es el mismo demonio. (*Llegan los demas cíclopes.*) Ahora sí, al menos tenemos fuerzas iguales ambas partes beligerantes. Con que, amigos, á la refriega.

Embisten los cíclopes á don Juan, que se defiende un momento, pero no tarda en sucumbir. Entrega su espada á don Simplicio uno de los cíclopes. Atan á los dos amantes á unos postes que salen de tierra, para cuya operacion el gefe de los cíclopes habrá dejado su cachiporra entre don Juan y doña Leonor.

Bueno, bueno: esta espada podrá reemplazar la que me echó á perder ese cocodrilo con sus hechicerías infernales. Qué tal, señor don temerario (*A don Juan.*); qué tal, ingrata (*A Leonor.*) rebelde, cruel, &c., y

ahora os burlareis de mí? Es que yo tambien ahora tengo mi protector, y famoso que es, sino dígalo el señor, que es un mero pagecito suyo. (*Señalando al ciclope principal.*) Encárguese usted (*A dicho ciclope.*) con un par de esos muchachos de guardar á los dos prisioneros ínterin voy yo á casa de don Lope escoltado con los demas, por si acaso. Ay, cuánto va á admirarse don Lope asi que me vea al frente de semejante ejército, asi hecho un general, un sargento, un... qué sé yo? Con que, cuidado (*Al ciclópe principal.*); no se fie usted de esa caruchita engañosa con sus ojazos hipocritones... es capaz de pegársela al mismo señor Vulcano. Pronto vuelvo; con que hasta la vista, compañero; y vosotros (*A los seis ciclopes que han de ir con él.*) adelante; marchen! (*Vase con los ciclopes.*

ESCENA V.

DON JUAN *y* DOÑA LEONOR *encadenados*, CUPIDO *oculto*, *tres* CÍCLOPES, *las tres* GRACIAS.

Juan. Y bien, Leonor, ya ves los nuevos efectos de mi indiscrecion: quedamos á merced de nuestros enemigos.

Leo. Segun lo que voy viendo, amigo mio, pudiera tener mis dudas sobre si el amor ha sido, como me lo dijiste, el director de tus anteriores prodigios. Porque cómo hubiera castigado tan cruelmente una falta tan leve y tan natural? Y pudiera él, acaso, ofenderse de esta falta, cuando por él la cometiste, porque, en fin, si me hubieses amado menos, seguro está que hubieses cedido á mis ruegos?

Juan. Pues no lo dudes, él fue quien me protegió, él es quien ahora parece abandonarme. Pero á pesar de esta aparente contradiccion, no puedo dejar de confiar en las promesas que arrancaron de mis manos los instrumentos destructores con que traté, en mi delirio, de poner fin á mis males. Estas, no lo dudemos, se realizarán.

Leo. Sí, lo creo, me lo dice el corazon; se realizarán.

Sale Cupido de la cachiporra que el ciclope dejó entre los dos amantes.

Cup. Esto me basta.

Leo. Ah!

Juan. Qué veo!

Cup. Chiton... silencio. Para probarte hasta qué punto me gusta el misterio que te encargué, resolví castigarte un momento por haber faltado á él, aun por mí, aun sin consecuencia. Has rabiado un poquito? Estoy satisfecho. Has persistido en fiar de mis promesas? Vengo á recompensarte: pronto os restituiré la libertad.

Leo. Y esperas tú poder reducir á nuestros terribles guardas?

Cup. Yo no soy mas que un niño; pero puedo mucho, mucho, lindísima Leonor; vuestro enemigo cuenta con el imperio de la fuerza que llamó en su ayuda; enhorabuena. Mas yo tambien tengo mi ejército para las ocasiones: invocaré el auxilio de las gracias, mis fieles hermanas, y no será la primera vez, hija mia, que el amor y las gracias habrán triunfado de la fuerza. Nadie menos que usted, bella Leonor, debiera dudar de su poder.

Aprovecha Cupido el momento en que los ciclopes no le pueden ver para acercarse á la orilla del mar. Toca el agua con una de sus flechas, y salen de las ondas las tres gracias en una hermosa concha de nacar tirada por tres cisnes. Las gracias y Cupido vienen á desatar á los amantes; los descubren los ciclopes, y llegan furiosos con el martillo levantado. Las gracias los enlazan en guirnaldas de rosas: ellos, admirados, no se atreven á hacer uso de sus armas, como detenidos por una fuerza desconocida; se burla de ellos Cupido. Este juego se repite dos ó tres veces en el curso de un sexteto bailado por las tres gracias y los tres ciclopes. Estos, rendidos, en fin, ceden á una especie de sueño, y caen al suelo. Mientras duermen, Cupido, con dos golpecitos que da con una flecha en los postes que tienen los amantes encadenados, los hace desaparecer. Estos quedan libres.

Cup. No perdamos tiempo; seguidme. (*Corren todos á refugiarse en la concha.*)

Leo. Cómo! (*No atreviéndose á embarcarse.*) Todos en esta débil concha?

Juan. Qué temes? Llevas á César y su fortuna. (*Señalando al amor.*)

Cup. No te parece suficiente este esquife? (*A Leonor.*) Nada mas facil que complacerte.

Se transforma la concha en un magnifico navio del gusto griego antiguo, servido por una tripulacion de cupidillos.

ESCENA VI.

Dichos, DON LOPE, DON SIMPLICIO, LAZARILLO *y* CÍCLOPES.

Sim. Verán ustedes, (*Desde lo interior de los bastidores.*) verán ustedes qué bien amarrados los tenemos.

Lope. Dónde estan? (*Saliendo.*)

Sim. Quién los ha libertado? (*Saliendo y buscando.*)

Lope. Toma, toma! Ahí los tenemos embarcados.

Sim. Traicion! Traicion! (*Despierta á los ciclopes.*) Asi cumplis con vuestra obligacion? Alarma! Alarma!

Todos corren hácia el navio, el cual se transforma asi que se acercan en un espantoso monstruo marino que vomita llamas sobre ellos. Muda la decoracion.

ESCENA VII.

El teatro representa una cueva. Hay un banquillo de peñasco hácia el proscenio de la izquierda. En el fondo existe un agujero que figura la embocadura de la cueva, y por donde sale á gatas don Simplicio.

DON SIMPLICIO.

Loada sea mi santísima paciencia! Héme aqui embarcado para otra espedicion. Si saldré de ella tan lucido como de las anteriores? Si acabarán una vez de jugar á la pelota conmigo? Pero de cuantas me han pegado de algun tiempo á esta parte, ninguna como la última. Las armas invencibles del señor don Vulcano, hé? El irresistible auxilio de su tuerto pagecito... Y todo eso al suelo por un mocoso que protege á mi rival, por el señorito Cupido, que todo lo vence, segun las espresiones de la Leonorzuela. Pues por mas que diga ésta, por mas chascos que me esté llevando á todas horas, yo no puedo creer á ese niño con tanto imperio. Piensan lo propio aquel cantorcito italiano y la tia Casturia, bruja setentona, con quienes

consultaba ahora poco mi apuro; y á su consejo me atengo. Ellos me han dicho que en esta cueva vivia un mágico que recibe del dios Pluto, del númen de las riquezas, las inspiraciones de su ciencia, y que nadie sería poderoso mas que él á asegurarme el triunfo: á ver, pues. Pero me dijeron que tan pronto como llegase á introducirme se me presentaria el mágico, y no parece. Me sentaré á esperarle. Muy mal hecho dejar asi solas las personas que vienen de visita. Esta muestra de impolítica del señor ministro de Pluto me da muy mala espina. Hé! Este será algun charlatan como el Vulcano; algun loco, algun...

Un enorme brazo ase á don Simplicio por los cabellos, y le levanta á algunos pies del suelo sacudiéndole.

Ay, ay! Señor mágico invisible, suelte usted por caridad; suelte usted, que tengo el cutis de la cabeza sumamente sensible. Perdon! Perdon! (*Le suelta el brazo.*) Uf, qué susto! Tienen razon en decir que no hay que murmurar de los ausentes.

Se levanta, y sale de tierra, entre sus pies, una llamarada muy viva. Quiere retroceder, y encuentra otro tanto detras y á los lados.

Miren ustedes qué tontería! Ir á encender lumbre ahí debajo! Me han quemado las cejas. Serán tal vez las cocinas del mágico. Caramba, qué calientes! Por lo visto, lo mas prudente es tomar las de villadiego y renunciar á Leonor, que no vale ella ni toda su casta los trabajos sin número á que me espongo.

Se presenta á la embocadura por donde salió, y encuentra en ella un horrible Cancerbero.

Ay! No salgo de esta! Señor mágico, don Lope, madre, señor mágico!

Se tira al suelo boca abajo. Truenos horrorosos. Sale del agujero del apuntador un mágico que tiene alternativamente cuatro ó siete pies de estatura, segun se va bajando ó alzando don Simplicio para hablarle. Tiene los ojos vendados. Su riquísimo ropon de púrpura, cubierto de monedas de todas clases, deja ver de cuando en cuando al cuerpo que cubre imperfectamente, y este es un esqueleto asqueroso.

ESCENA VIII.

DON SIMPLICIO *y el* MÁGICO.

Mág. Levántate, mortal pusilánime.

Sim. Si estoy exánime.

Mág. Levántate, repito, y serénate ya. Solo quise hacerte pagar con algunos instantes de susto el haber dudado de mi ciencia y de mi poder.

Sim. Pues si os propusísteis asustarme, (*Levantándose.*) quedad persuadido de que lo habeis logrado completamente. Ojalá pudieseis ahora hacerme tanto bien como me hicisteis mal. Pero por dónde habeis entrado?

Mág. Por ahí. (*Señalando el agujero del apuntador.*)

Sim. Por ese agujero! Cosa rara!

Mág. Ingrato! Mas de una vez tú y los tuyos encontrásteis ahí un bienhechor auxilio... Mas de una vez salieron prodigios de ese agujero.

Sim. Ya, pero las riquezas... eso es otra cosa.

Mág. Vamos al caso: qué exiges de mí?

Sim. Quiero... creo... espero... deseo... apetezco... ambiciono... qué sé yo? En una palabra, hacedme todo el bien que pudiéreis, en la inteligencia que nunca me quejaré de las sobras.

Mág. Conozco el motivo que te ha traido á este misterioso albergue.

Sim. Me alegro mucho, porque me ahorrais el trabajo de decíroslo.

Mág. Debo confesarte que en el caso en que te encuentras, mi poder es inferior al del númen que protege á tu dichoso rival. A la verdad, tu venganza está probablemente en el porvenir que espera á tus contrincantes; pero como mi ciencia no alcanza sino lo presente...

Sim. Entiendo; eso quiere decir que hay mágicos y mágicos, y que como los hay que preveen lo futuro, no preveis vos mas que lo presente; otros no preveen sino lo pasado, &c., &c.

Mág. No; lo que quiero decir es que mis favoritos nunca pueden confiar en el porvenir, y que mis mas opulentos dones no pueden comprar aquella felicidad que solo pueden asegurar el corazon de una esposa,

el cariño de los hijos, la paz de la conciencia, la influencia del mérito, la cultura de las letras y de las ciencias, y sobre todo la virtud, el honor.

Sim. Vamos, vamos, yo saco en limpio de todo eso que ni la autoridad de un tutor, ni el imperio de la fuerza, que ya usé, ni el prestigio de las riquezas que he venido á invocar, pueden con el amor.

Mág. Que puede con todo.

Sim. Pues señor, á lo que habré venido aqui es á bailar un rigodon en el aire, á chamuscarme los bigotes &c. Sea enhorabuena, y muchas gracias.

Mág. Lo único que puedo hacer en favor tuyo es informarte de que don Juan y doña Leonor estan á la hora esta en poder de don Lope.

Sim. Ah! (*Saltando de alegría.*) Pues esto me basta. Por qué no me lo dijisteis desde luego sin tanto preámbulo? Pero está usted seguro?

Mág. Va á confirmártelo inmediatamente la propia boca de don Lope.

Sim. Inmediatamente? Y cómo?

Mág. Van á encontrarse trasladados ahora mismo al lado tuyo. A Dios.

Se hunde el mágico, y salen llamas del escotillon.

Sim. Que se va usted á quemar, señor mágico. Cómo va rodando! Válgame Dios, qué profundas son las profundidades de la tierra!

Truenos. Llegan como atontados de una caida don Lope y Lazarillo.

ESCENA IX.

DON SIMPLICIO, DON LOPE Y LAZARILLO.

Lope. Ay! ay! Qué es eso, dónde estamos? Ah, mi querido Simplicio, cuánto celebro encontrarle á usted. Su nueva ausencia me tenia ya con cuidado.

Sim. Y á mí tambien.

Lope. Estábamos temiendo que le hubiese sucedido á usted nuevo chasco.

Sim. Yo tambien. Afortunadamente no ha sido nada. Alguna que otra travesurilla de un señor mágico cortilargucho.

Lope. Amigo, gran noticia!

Sim. Ya la sé.

Lope. Cómo?

Sim. Sí, que estan ya en poder de usted nuestros fugitivos.

Lope. Y quién ha podido enterarle á usted?

Sim. El mágico.

Lope. Qué mágico? Yo nada entiendo de lo que usted me dice.

Sim. No lo estraño, pues yo tampoco lo entiendo.

Lope. En fin, sea lo que fuere: ya no se nos pueden escapar; y le preparo al don Juanito un castigo igual á su audacia.

Sim. Bien hecho.

Lope. Quiero que Leonor no salga de la torre donde la tengo nuevamente encerrada sino para darle á usted su mano,

y que mañana, al despuntar el dia,
ya casados en fin el sol os vea.

Yo juro... (*Estrépito de tam tam.*)

Voz estruenda. No jures, temerario Lope; no jures cumplir lo que no esta en tu poder, antes bien apresúrate á unir á don Juan con su Leonor.

Sim. Amiguito, (*Con voz de falsete.*) *tarde piace.*

Voz. Temed mi cólera.

Lope. Ta, ta, ta: ya estan en jaula, y me rio yo de la cólera de cualquiera.

Voz. Tu audacia y tu incredulidad van á quedar confundidas.

Muda la decoracion al son de una música suave.

ESCENA ÚLTIMA.

El teatro representa el palacio aéreo de Cupido. Este está sentado en un trono de rosas entre don Juan y doña Leonor.

CUPIDO.

Y bien, dudareis aun de mi imperio, y resistireis mas á mis decretos?

Lope. Perdona mi temeridad, y cuenta con mi sumision.

Cup. Solo exijo de tí que hagas felices á estos dos amantes.

Lope. La felicidad de mi pupila era mi único anhelo: una vez que don Juan puede asegurársela, no resisto mas: unidos sean.

Juan. Y qué dice á todo esto el noble don Simplicio Bobadilla de Majaderano y Cabeza de Buey?

Sim. Digo, que supuesto que Leonor no me quiere ni miaja, que don Lope la da por esposa á don Juan, y que no me queda absolutamente medio ni arbitrio alguno para conseguirla, renuncio generosamente su mano, y la cedo á mi favorecido rival. Me parece que me porto como caballero, y si no que lo diga Lazarillo.

Leo. Bravo, bravo, don Simplicio. Cumpliendo con lo que les ofrecí antes, quedan ustedes convidados á mis bodas. Van á dar principio los festejos; tomen ustedes asiento.

Una nube que se levanta recoge sentados á don Lope y don Simplicio.

Sim. Una vez que quedamos amigos, me harán ustedes el favor de esplicarme quiénes son esos demas convidados tan cucos que nos rodean?

Leo. Todo aqui recuerda las glorias de mi benéfico protector. Hércules hilando á los pies de Onfales; Diana y Endimion; Cibeles, Neptuno, Vulcano, Céfiro, Triton y la Aurora; en fin, el amor dominando la tierra, el fuego, los aires, el agua, y triunfando de la fuerza, de la prudencia, de la vejez, de todo, en fin, porque todo... Todo lo Vence Amor.

Juan. O la Pata de Cabra. (*Enseñando su talisman.*)

Sim. (Perdonad sus muchas faltas, &c., &c.)

Bailete general.

FIN DE LA COMEDIA.

tion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Ho
lo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Hon-
vecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija de
Gil.

ovisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
ntriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
l.—Ya murió Napoleon.

o II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
ia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—
Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.

s de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lóndres.—
gida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—
Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos primos.—
—Luis y Luisito.

Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Mar-
cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
le la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
el Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
estraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
s de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Ala-
ocedades de Hernan Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gazmo-
jer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de esgrima.—
de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del corazon.

tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
mor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.

cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
a casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.

el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
e la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bai-
ia.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual
za.—Pata de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo de la
2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla
lona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patri-
uelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre preten-
Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—
plicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—
bre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe
—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas de amor con-
Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquista.—Pava trufada.—
de un reinado.—Programa de Manzanares.

irán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—
r cómico.—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.

ete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyu-
monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Re-
Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdi-
berto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, 1.ª
ueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retratos y ori-

-Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola-
prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—
Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, ráscate.—Sálve-
pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.

vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—
Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—
roma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Tren-
cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba sal-
utora.—Tomás el montañés.

a.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Ven-
un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus
icente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad venc
as.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—

Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la calum
Vicio y la virtud.

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafío —Un dia de campo.—
de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su priva
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Bed
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de
do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura d
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un n
como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla en
go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.

Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.